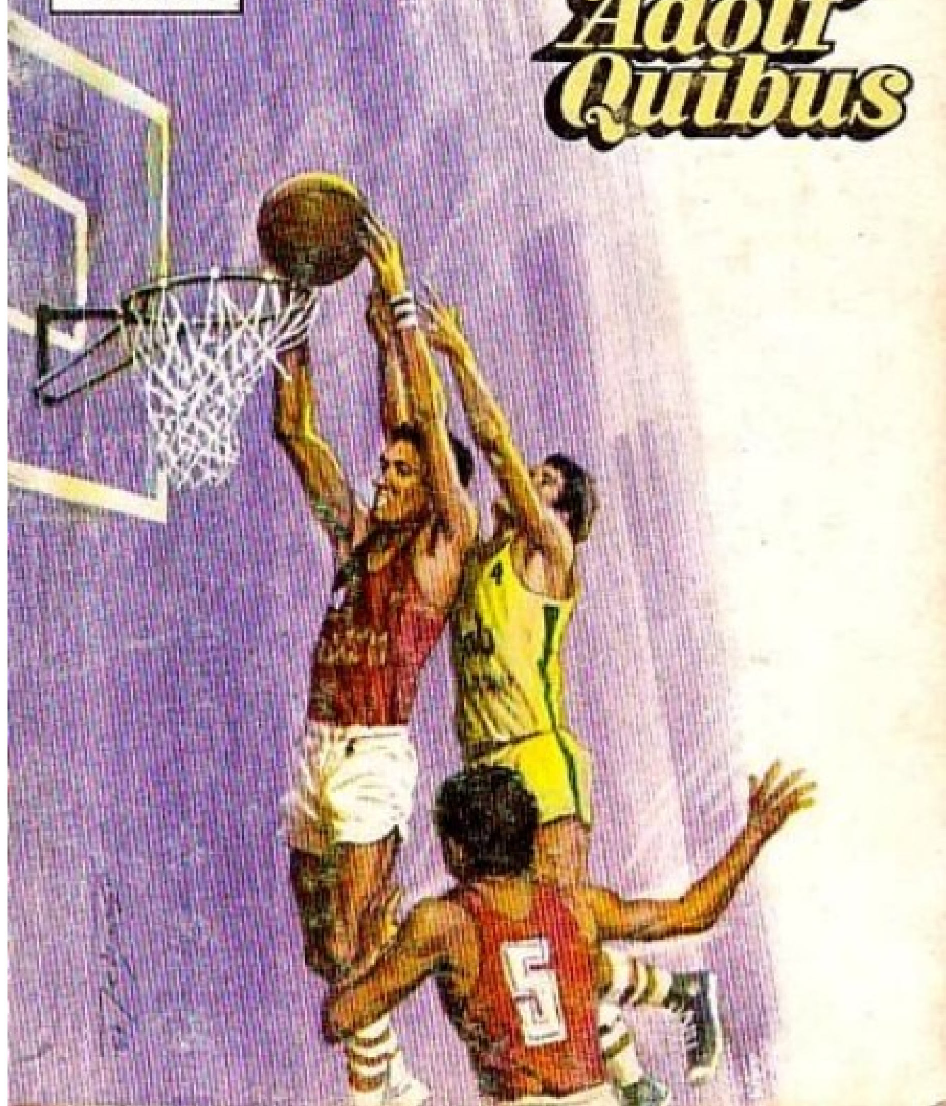
BRUGUERA
BOLSILIBROS
ACCION

REBOTE FATIDICO

Adolf Quibus



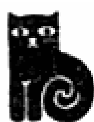
REBOTE FATIDICO

DOBLE JUEGO Nº 60

ISBN: 9788402092779
Generado con: QualityEbook v0.84

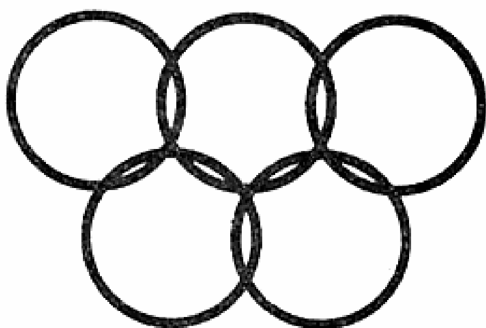
REBOTE FATÍDICO

ADOLF QUIBUS



Colección
DOBLE JUEGO n.° 60
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES, 5 BARCELONA



COLECCION DOBLE JUEGO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

55 —El as italiano. *Joseph Berna.*
56 —Lucha hasta el fin, *Lucky Marty.*
57 —Ringo. *Curtis Garland.*
58 —Historia de un «Crack», *Lem Ryan.*
59 —Golpea fuerte. *Roger, Adolf Quibus.*

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 9.469-1983
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: mayo, 1983
2ª edición en América: noviembre, 1983

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

ESTABA resultando un partido de los más duros que recordaba, y es que ambos equipos nos jugábamos mucho. Nosotros, por jugar en nuestro campo, estábamos obligados a ganar si queríamos seguir aspirando a uno de los puestos de privilegio del campeonato.

La lucha bajo los tableros era casi sangrienta; yo, a pesar de mi experiencia en esas lides, estaba recibiendo más que una estera, y pese a mis esfuerzos, me había cargado ya con tres personales, lo que no dejaba de ser un hándicap para mi juego.

El entrenador contrario había colocado en la pista a Tim, que era un pivot marrullero y especialista en cargar de personales al contrario; yo le conocía muy bien y sabía de qué pie calzaba, no obstante picaba en más de una ocasión.

El marcador estaba de lo más apretado y los empates o las ventajas de dos puntos a favor de uno u otro conjunto se sucedían sin solución de continuidad.

La primera parte terminó con un empate a cuarenta, lo que da una idea de la igualdad y la lucha para hacerse con cualquier rebote. Era ahí precisamente, en los rebotes, donde estaba el secreto del resultado final, que por otra parte no se nos podía escapar bajo ningún concepto.

Don, nuestro entrenador, era consciente de ello y así nos lo estaba indicando durante los minutos de descanso entre ambas partes. Todavía quedaban veinte minutos de lucha sin cuartel.

—Tienes que ir con cuidado, Tim —me decía Don—, si te cargas con la cuarta perderemos fuerza en los rebotes y con ello el partido se nos pondrá muy difícil.

—Lo sé —le respondí—, pero es que los árbitros están ciegos.

—Tenemos que olvidarnos de eso, Mike; tú tienes suficiente experiencia como para pasar de ellos.

En eso Don tenía razón. Yo lo sabía, como también que resultaba

una cosa fuera y otra muy distinta desde dentro. Eso por supuesto no se lo dije a él. Yo apreciaba a Don. Había sido un excelente base y ahora, como entrenador, estaba considerado de los mejores. Había llegado a jugar con él. Fue mi primera temporada como profesional, hacía ya bastantes años. Para Don fue la última. A los pocos años, y tras un aprendizaje como técnico, volvió a Los Tigres de Los Angeles, el equipo de toda su vida, como segundo entrenador, pasando esta temporada a la máxima responsabilidad técnica del mismo.

Los minutos de descanso habían pasado y teníamos que volver a la cancha de nuestros pecados, donde nos esperaba el infierno de nuevo, y es que el ambiente en los graderíos estaba también muy cargado, cosa lógica, si se tiene en cuenta la gran rivalidad existente entre los dos máximos representantes del baloncesto de la ciudad.

Me tocó saltar con Tim y pude darle al balón. En el momento de impactar con la pelota recibí un empujón que me desplazó, haciéndome perder el equilibrio. El resultado fue que el balón fue recogido por un jugador del equipo contrario, que inició una rápida jugada, que terminó en canasta, lo que hacía que se pusieran ellos con ventaja de dos puntos al comienzo de la segunda parte.

En la jugada siguiente, Charli me lanzó un pase que le devolví, a la vez que le cubría para que lanzase y éste consiguió, con su extraordinario tiro desde fuera, la canasta que nos hacía empatar el partido de nuevo.

Los minutos iban transcurriendo con lentitud, aunque yo casi no me daba cuenta de ello. Durante mi dilatada carrera de deportista había jugado partidos duros, pero creo que ninguno lo había sido tanto, claro que de eso no estaba muy seguro. En esas cosas siempre predomina el presente por encima de cualquier otra circunstancia.

Fui a por un rebote y logré palmear el balón introduciéndolo en la canasta contraria, lo que hizo que sumáramos dos nuevos puntos, a costa de que a mí se me señalase una nueva personal, ésta en ataque, lo que representaba la cuarta. Don no tuvo más remedio que sustituirme para evitar males mayores.

—No hay derecho —dije yo nada más sentarme en el banquillo.

—Calma esos nervios, con lamentarse no se soluciona nada —me dijo Don, dándome una palmada en un hombro y concentrándose de nuevo con lo que estaba sucediendo en la pista.

Aquellos instantes de reposo confieso que me fueron muy bien y sirvieron al menos para que mis ideas se aclarasen. Las alternativas en

el marcador seguían su—cediéndose sin cesar. La dureza era la nota dominante.

Tim, con sus marrullerías, logró cargar a mi sustituto de personales en un abrir y cerrar de ojos. Aquello no hacía más que complicar las cosas un poco más, si es que no lo estaban ya lo suficiente.

—Mike, vas a salir de nuevo. Ten mucho cuidado.

—Descuida, déjamelo a mí —le dije a Don cuando volví a la pista dispuesto a terminar de una vez por todas con las marrullerías subterráneas de Tim. Si los árbitros estaban ciegos, peor para ellos, yo no estaba dispuesto a que se saliera con la suya. Siempre me había gustado el juego viril y deportivo, pero cuando lo deportivo dejaba de aparecer, mi sangre sufría una extraña sensación que me podía convertir en una especie de fiera. Claro que yo, por otra parte, me conocía muy bien, sabía que la sangre, por fortuna, nunca llegaba al río.

Salí con mucha fuerza. El descanso me había sentado muy bien.

La tónica del partido era la misma desde sus comienzos.

En un par de jugadas nos pusimos cuatro puntos por delante, parecía que a partir de aquel momento íbamos a despegarnos de una vez.

Lanzaron sobre nuestra canasta. Tim fue al rebote buscando la personal. Yo no quise caer en la trampa y giré en el aire. Calculamos mal los dos, con tan mala fortuna que chocamos. Caímos al suelo. El golpe fue duro, pero me incorporé de inmediato, indignado al ver que me mostraban la quinta personal, lo que me dejaba fuera de combate para el resto del partido.

Me encaré con el árbitro. Sé que hice mal, pero no pude evitarlo.

Tim, mientras tanto, seguía en el suelo. Al principio no hice el menor caso, dado mi estado de nerviosismo por lo que consideraba injusta decisión del árbitro principal, y pensando que estaba haciendo comedia para lanzar a todo el mundo en mi contra.

No me acerqué ni tan siquiera a ver cómo estaba.

Tuvieron que retirarlo en una camilla.

Yo me di cuenta de todo cuando entre varios compañeros habían conseguido sentarme en el banquillo.

—¡Animal! ¡Asesino! —comenzaba a gritar un sector de público.

Tardé bastante tiempo en darme cuenta que aquellos piropos iban dirigidos a mi persona.

Uno de los cuidadores se acercó a mí y me invitó a que le acompañara al vestuario. —Necesitas una ducha, ven conmigo.

—Quiero seguir hasta el final.

—Vete con él —dijo Don, en un tono que no admitía dudas. Seguí al cuidador como un autómata.

Mientras salía de la pista un sector del público, del equipo contrario, me dedicó toda clase de piropos. Estos resonaban en mis oídos de una forma extraña.

—No les hagas caso, están muy nerviosos, ha sido un partido muy duro.

—¿Qué ha pasado? —pregunté como si volviera en mí.

—Nada que no pueda solucionar una buena ducha.

—¿Cómo está Tim? —pregunté acordándome de que se lo habían llevado en camilla. —No lo sé —me respondió el cuidador—, no te preocupes.

Y me metí bajo la ducha.

Capítulo II

NADA más salí de la ducha, me vestí y me fui a la calle sin esperar a mis compañeros. Fue una actitud refleja, que no sé muy bien a qué se debía. Estaba aún indignado por la forma como se había desarrollado la última fase del partido y no tenía ganas de comentar el mismo con nadie. La verdad es que en aquellos instantes, me importaba un rábano incluso saber quién había ganado.

Debía faltar muy poco para que el partido terminase, las calles estaban semidesiertas y en algunos bares se podía distinguir a la gente observando el televisor. El partido era televisado.

Fui caminando durante unos minutos, hasta llegar a la puerta de un tugurio que me pareció el lugar más adecuado para mojar en whisky mi mal humor.

Entré. El ambiente era más bien sombrío. La barra, ni muy larga ni muy corta, estaba atendida por un camarero viejo que llevaba prendida una colilla entre sus labios. No había ni un solo cliente.

El camarero se me acercó con aire indiferente.

—¿Qué va a ser? —me preguntó sin sacarse la colilla de los labios.

—¡Whisky! —exclamé yo, como si aquello estuviera repleto de gente y mi voz se perdiese entre el ruido inexistente.

Sin responderme, fue hacia el otro extremo de la barra, para regresar con un vaso y una botella que dejó frente a mí.

—¿Dejo la botella? —quiso saber.

—Sí, creo que me la beberé toda —le respondí yo, como queriendo justificar mi actitud. —Bien —se limitó a decir, y se apartó un poco del lugar donde me encontraba.

Llené el primer vaso y me lo zampé de un solo trago. El líquido me

quemó al principio un poco al contacto con mi garganta.

Al tercer vaso, la quemazón había desaparecido por completo, no así mi sed.

Cuando llevaba media botella, decidí que debería empezar a beber más despacio.

La puerta del tugurio se abrió dando paso a una pareja de individuos cuya jeta dejaba bastante que desear. Claro que eso a mí no me importaba.

—¿Hay whisky aquí? —preguntó el más alto de los dos.

El camarero asintió con la misma indiferencia que había mantenido conmigo.

«Norma de la casa», pensé en un momento de reposo whisky-vaso-estómago.

—Deja la botella —dijo el más bajo de los dos, quitándosela al viejo de la mano sin darle tiempo a dejarla encima del mostrador.

La verdad era que aquellos individuos no me gustaban lo que se dice nada.

Me lo repetía una y otra vez intentando convencerme de que nada de lo que sucedía allí era de mi incumbencia.

Levanté el vaso de nuevo y decidí seguir con la media botella que tenía delante.

Los dos tipejos comenzaron a discutir de cosas que para mí no tenían sentido.

—Estás equivocado, si lo sabré yo.

—Te apuesto doble contra sencillo a que es tal como lo digo yo.

—Tienes ganas de perder. Acepto la apuesta de mil amores.

—Saca el dinero.

Hice una seña al camarero y le pagué la botella. No me gustaba el ambiente que se estaba creando y pensé que lo mejor era largarme de allí. No me importaba nada de lo que sucedía, así que era mejor tomar las de Villadiego.

El aire de la calle me azotó el rostro y me hizo bien. Miré a mi muñeca intentando encontrar el reloj de pulsera, sin conseguirlo. No sabía la hora que era. A juzgar por el aspecto de las calles, bastante tarde.

No me apetecía ir a casa. La soledad de mi apartamento me molestaba cada vez más. Había empezado la noche con whisky, y así la terminaría.

¿Dónde ir? Esa era una pregunta que no estaba dispuesto a contestar. Desde luego, a ningún sitio conocido. No quería ver a nadie que pudiera tener relación con el baloncesto. Esa noche al menos, no. Me serviría de profilaxis. La necesitaba.

Una luz me señalizaba otro tugurio. Era la primera vez que se cruzaba en mi camino, lo que hizo que comenzara a gustarme. La aventura de lo desconocido. Era una cosa que siempre atrae. Yo no iba a ser una excepción.

Empujé la puerta. Era una especie de sala de fiestas. Aunque no estaba muy seguro de la clase.

Una especie extraña de camarero se dirigió a mí con una sonrisa en los labios.

—¿Desea mesa el señor? —me preguntó, sin dejar de mostrar su sonrisa postiza, que le podría haber servido para anunciar algún dentífrico por la televisión.

—Sí —le respondí, pensando que así estaría más cómodo.

—El espectáculo aún no ha comenzado. Seguro que le gustará.

—Eso espero —dije yo por pura cortesía, mientras tomaba asiento en una mesa cercana a la pista donde suponía debía tener lugar el espectáculo. Le alargué un par de dólares, ya que era eso lo que el muchacho estaba esperando.

—Gracias, señor. Enseguida le envío al camarero.

—Sí, por favor, tengo mucha sed —le dije yo, que comenzaba a estar divertido en aquel ambiente. Parecía que mi mal humor iba descendiendo paulatinamente, lo que no dejaba de ser una buena señal.

En pocos minutos me encontraba en posesión de una botella de whisky, lo que terminó de ponerme alegre. Iba bebiendo mucho más despacio, la sed no era tan grande como al principio. Debo confesar que no soy demasiado dado a coger borracheras, ya que mi profesión me lo impide en gran manera. Sin embargo, algunas veces, haciendo de mi capa un sayo, me lanzo por la orgía y el desenfreno. Puede que mi mente no rija demasiado bien en algunos momentos.

Una luz que iluminó la parte central de la pista indicaba que el espectáculo iba a dar comienzo de un momento a otro.

Miré a mi alrededor y pude ver que tan sólo media docena de mesas estaban ocupadas. No parecía mucho.

Comenzó a sonar la música que desgranaban cuatro músicos que estaban al fondo de la pista.

Una mulata comenzó a desgranar una triste canción. El foco

principal la iluminaba. No era una belleza, ni tampoco cantaba demasiado bien, pero de lo que no había duda era de que ponía una enorme voluntad.

De una de las mesas comenzaron los silbidos. La pobre mulata seguía cantando cómo podía a pesar de que se la notaba muy incómoda.

—A fregar, negra maloliente.

—No sirve ni para eso. Fuera. Fuera.

El ambiente se caldeaba por momentos. La pobre mulata seguía cantando cómo podía a pesar de que se la notaba muy incómoda.

No me agradaba aquello.

Me levanté y grité:

—¡Callad, babosos de mierda!

No tuve tiempo de decir más. La pista se convirtió en una batalla campal.

Lancé por dos veces mis puños y pude escuchar cómo crujían dos mandíbulas. Luego algo me dio en la cabeza y me desplomé en el suelo. Intenté levantarme sin conseguirlo. Una avalancha de golpes me caían de todas partes.

Cuando sonó la sirena de la policía, apenas pude darme cuenta, ya que la noche más cerrada acababa de caer sobre mí.

Capítulo 

CUANDO me desperté creía que mi cabeza iba a estallar. Todo me daba vueltas. Tardé un poco en tomar conciencia de la realidad. Estaba en una celda, de eso no había ninguna duda. Poco a poco todo fue volviendo a mi cerebro.

Aún no había conseguido ordenar del todo mis ideas, cuando la puerta de mi celda se abrió.

—Señor Holis, acaban de pagar su multa, puede salir.

—¿Quién? —quise saber.

—Una señorita, le espera en la puerta.

Todo aquello me resultaba muy extraño. Decidí de todas formas no hacer más preguntas y salir de allí cuanto antes.

En la puerta de la comisaría había un coche desde el que me hacían señas. Fui hacia él. —Pase, señor Holis —me dijo una rubia despampanante que estaba sentada al volante. Entré en el coche.

—¿Quién es usted? —quise saber nada más sentarme a su lado.

—Mi nombre es July Curtis. ¿Le dice algo?

—No, absolutamente nada y no veo la relación que pueda tener…

—Me parece poca amabilidad la suya para con una persona que acaba de sacarle de la cárcel.

—Lo siento, pero es que estoy algo confundido.

—Lo comprendo —me dijo ella, sonriendo de una forma que ningún ser humano hubiera sido capaz de resistir—; yo en su lugar estaría pensando lo mismo.

—Es muy difícil ponerme en su lugar, señorita.

—Tutéame, Mike, al fin y al cabo ya hace más de dos minutos que

nos conocemos. ¿No te parece suficiente?

Aquella sonrisa me desarmaba.

—Como digas, July. ¿Es así? —quise saber, ya que no estaba muy seguro.

—Veo que tienes buena memoria. —Dijo aquellas palabras arrastrando las sílabas con un lujurioso tono que me puso los pelos de punta—. Será mejor que nos marchemos de aquí antes de que se arrepientan y te vuelvan a meter dentro.

Tenía toda la razón.

—A tus órdenes —dije complacido por la encantadora compañía que me había deparado la suerte. Mi cabeza estaba aún demasiado espesa para atosigarla con preguntas, que por otra parte estaba seguro de que ella misma acabaría por explicarme.

Puso el coche en marcha y salimos de allí.

Durante más de cinco minutos permanecimos en el más absoluto silencio,

—¿Adónde me llevas? —inquirí yo rompiendo el silencio.

—¿Tienes miedo?

—No. Te aseguro que nunca en mi vida me he sentido más tranquilo.

Lo dije convencido. Era lo que sentía en aquellos momentos. Su cuerpo, que se marcaba a través del ajustado vestido, prometía un sin fin de placeres jamás degustados por mortal alguno.

De repente el coche se detuvo.

—Bien, ya hemos llegado —me dijo estirándose de una forma encantadora en el respaldo del asiento.

—Muy bien. ¿Se puede saber adónde?

—A mi casa, claro —eran las palabras más agradables y triviales que había oído en mi vida.

Para ella todo aquello parecía de lo más normal. A su lado yo daba la impresión de un parvulillo que no había salido del cascarón. Y lo peor era que así era como me sentía. Salimos del coche y entramos en un precioso edificio de apartamentos.

Cogimos el ascensor, que nos dejó en la cuarta planta. Entramos en el apartamento C. —Está todo un poco desordenado, pero es que estoy muy atareada y…

—Si vienes al mío, te caías de espalda —dije yo, al comprobar que aquello era un prodigio de orden y limpieza comparado con el mío.

Se fue hacia el mueble bar y preparó un par de copas. Me alargó una.

—Me parece que la necesitas.

—Estás en todo —le dije yo, recogiendo la copa y sorbiendo parte de su contenido. Al principio, mi estómago se reveló contra aquel líquido tenebroso que tantos quebraderos de cabeza me había proporcionado, pero luego fue como un bálsamo que me hizo reaccionar.

—Hijo, has puesto una cara de asco… Te aseguro que es de buena calidad.

—Ya lo sé, aún me queda paladar, lo que pasa es que ayer me pasé un poco y…

—No hace falta que te disculpes. Con un par de combinados de los míos, estarás como nuevo.

—Eso espero —dije de forma estúpida, y es que la verdad no sabía cómo comportarme ante aquel monumento de mujer. Su belleza y su seguridad me apabullaban por completo.

Se levantó y preparó un segundo combinado. No sé si mi mente se embotaba más o por el contrario se despejaba.

—Me gustaría que me explicaras varias cosas —le dije.

—Eso es muy poco romántico —susurró ella casi en mi oreja. Su aliento quemaba y me daba la sensación de que estaba a punto de quemarme.

—Es lo más extraño que me ha ocurrido en mi vida.

—Será porque te lo mereces —sonrió de nuevo. Me dejaba desarmado por completo. Bebí un poco más de aquel mejunje y decidí dejarme de preguntas y saborear aquellos instantes antes de que despertara y descubriese que se trataba de un sueño.

—Enseguida vuelvo. Me voy a ponerme cómoda.

Me estiré en aquel amplio sofá a esperar las nuevas sorpresas que seguro estaban a punto de sucederme. El partido del día anterior, la borrachera e incluso la comisaría estaban lejos. Era como si todo aquello no hubiera existido. Sólo producto de mi imaginación. Lo único real era July Curtis y su cuerpo de fuego. Un cuerpo hecho para gozar y ser gozado. Estaba seguro.

Como por arte de magia surgió de la nada la música sensual y las luces se fueron atenuando. Tonos rojos que incitaban a la pasión.

No sé muy bien lo que pasó después, apenas pude recordar el susurro de la voz de ella:

—Ven aquí, con tu ama.

Estaba completamente desnuda y tenía un cuerpo de diosa egipcia.

Fui hacia ella como era lógico, nadie en su sano juicio hubiese desoído aquella llamada y yo me sentía lúcido, muy lúcido.

Su cuerpo era fuego y cuando la penetré creí que había llegado a lo más alto de la montaña del placer.

Ignoro si fueron horas, días, años o tan sólo unos segundos; lo que sí sé es que estaba embriagado de su cuerpo de una forma especial.

Ella seguía llenándome el vaso de aquel paradisíaco líquido que me elevaba una y otra vez por encima de sus posibilidades.

Estaba viajando a unos parajes muy lejanos, desde donde me parecía oír voces extrañas.

—¿Lo has encontrado?

—No, y te aseguro que he buscado a conciencia.

—Mira que si después de todo nos hemos equivocado.

—Eso no puede ser, piensa que no nos lo perdonarían, ya sabes cuál es la pena por ello.

Penas, allí no había ninguna clase de penas. Era el paraíso.

Capítulo IV

MI cabeza estaba próxima al estallido. Intenté levantarme sin conseguirlo. Ignoraba las horas que llevaba tendido en aquella cama. La imagen de July me hizo recordar el pasado, pero ella no estaba. Intenté llamarla, para que viniese en mi auxilio. Hice un esfuerzo supremo.

—July, ¿dónde estás? Te necesito.

Mi voz sonaba como un lamento al que nadie respondía. Miré de incorporarme. Caí al suelo. Ahora ya no quedaba más remedio que hacer algo que me llevase al cuarto de baño. ¿Dónde estaba? Era una buena pregunta.

No sé cuánto rato tardé en dar con el cuarto de baño y mover la llave del agua, sólo sé que cuando lo conseguí me sentí liberado.

Me preparé un café supercargado que me sentó como un maná divino. Debo reconocer que mi magnífica constitución física hizo el milagro de mi rápida recuperación.

Recorrí todo el apartamento sin encontrar señal alguna de July. Le escribí una nota y salí de allí.

Era de noche y recordé que no llevaba reloj. Entré en el primer bar que se cruzó en mi camino.

—Unos huevos con bacón —pedí al camarero, que me miró como si fuese un bicho raro.

Lo comí con auténtico apetito. Ignoraba cuánto tiempo llevaba sin comer.

Pagué y salí de allí. Compré un periódico de la noche a un vendedor ambulante. Lo que vi en primera página me dejó sin respiración.

«Se busca a Mike Hollis, desaparecido desde el pasado

> sábado; él fue el causante de la muerte del pivot Tim Nolan, a consecuencia…»

No pude leer más. Miré la fecha del periódico: miércoles.

Era increíble, había estado cuatro días sin saber nada de mí mismo. Todo aquello me parecía demencial. Ahora sí. El sueño había terminado y la realidad se me mostraba de una forma cruel. Tim había muerto a consecuencia del golpe que recibimos ambos a la búsqueda de un rebote. Había sido un rebote fatídico. No lo podía creer. Lo peor de todo era mi desaparición, tras haber pasado la noche del sábado encerrado por riña en un local nocturno, riña que, según el periodista, había provocado yo, lo que ponía de manifiesto mi peligrosidad para convivir con la sociedad.

Me parecía infame todo aquello. Paré un taxi y me fui a mi apartamento.

En el suelo había infinidad de cartas. Las cogí y las metí dentro. Estaba fuera de mí. Durante todos los años de mi vida profesional, jamás había tenido un incidente como aquél. Un hombre había muerto en la cancha y todo el mundo me señala con el dedo. Comenzaba a sentir náuseas.

Saqué del mueble del bar una botella de whisky y me serví un largo trago. Me rebelaba a creer que todo aquello pudiera ser verdad. Pero no parecía existir la menor duda. Enchufé la televisión para ver el noticiario.

Tardaron diez minutos en dar la noticia. El corazón me palpitaba a ritmo acelerado.

Por fin llegó la hora.

Todo era verdad. Tim había muerto.

Yo le había matado.

Me quedé tendido en el sillón sin fuerzas para moverme. July, la cárcel. Tim, el partido.

* * *

El timbre de la puerta me sacó de mi estado de sopor. Fue como una bofetada. Me levanté y fui a abrir. Era Don, el entrenador de los Tigres. Mi entrenador.

—¡Santo Dios, Mike! ¿Dónde te habías metido? —entró en el apartamento como un auténtico ciclón.

—Si te lo cuento, es posible que no me creas.

—Pues será mejor que lo hagas, la policía te está buscando y el comité de competición ha abierto un expediente en tu contra. Como verás, el horno no está para bollos.

Don estaba muy nervioso, debo reconocer que era la primera vez que lo veía en aquel estado. Pensé que la situación era peor de lo que yo imaginaba, si es que en aquel momento era capaz de imaginar algo. La jugada de mi choque con Tim se repetía en mi mente una y otra vez, no había duda de que se había tratado de un rebote fatídico.

—¿Por qué no te sientas?

—Estoy mejor de pie, además, no creo que fuese mejor que me sentase.

—Para mí, sí; lo que tengo que contarte es largo y me molestaría hacerlo estando tú de pie. Me pones nervioso.

—¿Cómo crees que estoy yo? —inquirió en un tono que no sabía si era de súplica o de reproche, aunque creo que ambas cosas había en él.

—Vamos, hazme el favor —le dije mientras iba al mueble bar y preparaba un par de copas; estaba seguro de que ambos las necesitábamos.

—Gracias —dijo mientras se sentaba, eso me tranquilizó dentro de lo posible.

—Te aseguro que no sé por dónde empezar —le dije con el vaso sujeto fuertemente entre mis manos.

—Puedes hacerlo desde el principio, creo que es lo adecuado en estos casos.

—Tienes razón.

Comencé mi relato desde el momento de mi entrada en los vestuarios tras el desdichado accidente, dejando bien sentado que no conocía ni tan siquiera sospechaba, el alcance de la lesión de Tim. Tan sólo estaba molesto con lo sucedido y decidí asesinar la noche.

—¿Por qué te peleaste en aquel tugurio? —me preguntó sin dejarme continuar el relato.

—Si me interrumpes cada cinco minutos, no acabaremos nunca —le dije algo molesto—, al final, pregunta lo que quieras.

Pude continuar todo el relato sin ninguna interrupción más. El rostro de Don pasó por un sinfín de expresiones, que configuraban todo un cambio de actitudes. En otras circunstancias aquello hubiese sido muy divertido para mí.

—Y eso es todo —dije por fin al término de la historia.

—¡Fascinante! —exclamó Don.

—Sabía que no ibas a creerme —añadí yo con algo de sorna.

—Mike, yo no he dicho eso, te creo; lo que pasa es que suena muy…

—Irreal, puedes decirlo; mientras lo iba contando, a mí me parecía exactamente igual, pero me temo que es la pura realidad.

—Hace mucho que nos conocemos, Mike, y sé que no me mientes. Lo difícil será convencer al comité. Lo primero es ir a la policía, yo te acompañaré. Luego habrá que encontrar a esa tal July Curtis para que la historia se mantenga.

—Espero que ése sea su verdadero nombre, ya que no me molesté en comprobarlo. Si llego a saber que eso podía ser importante, te aseguro que le hubiese exigido la documentación antes de acostarme con ella.

—Lo extraño es que no sospechases nada cuando pagó la multa sin que la hubieras visto en tu vida.

No contesté, él no había visto a July Curtis, de otra forma se hubiera callado.

—Será mejor que vayamos a la comisaría —le dije.

Capítulo V

—LE creo, señor Holis —me dijo el comisario.

—Me alegro, no sabe el peso que me quita de encima.

—Más bien diría el que le voy a echar —dijo apesadumbrado.

—¿Qué quiere decir? —pregunté sobresaltado.

—Hemos encontrado a July Curtis en su apartamento.

—Entonces no hay nada que temer, ella podrá confirmar cuanto le he dicho; es más, uno de sus hombres podrá decir que ella fue la que pagó mi multa la otra noche.

—Ya lo ha hecho, y puedo asegurarle que ha reconocido a la señorita Curtis.

—Pues no veo el problema, a no ser que ella se niegue a…

—No se trata de eso, señor Holis, la señorita Holis no dice nada, ni a favor ni en contra.

—¿Se ha vuelto muda? —pregunté yo, divertido ante el cariz que tomaban las cosas, e intentando dar otro aire al desagradable lugar en que el comisario me estaba interrogando.

—No, ha sido asesinada.

—¡Imposible! —exclamé, sin saber exactamente el motivo. Lo había esperado todo menos aquello. Claro que las siguientes palabras del comisario fueron aún peores.

—La encontramos en su casa desnuda encima de su cama, alguien la estranguló, y ese alguien dejó muchas huellas allí. Me temo, señor Holis, que esté usted en un lío, ya que la señorita murió antes de que abandonase usted su casa.

—No puede ser, cuando yo salí de allí, ella no estaba.

—Lo lamento, pero eso no puede ser posible. Todo está muy complicado para usted. El golpe que recibió por el asesinato accidental cometido en la pista, le…

Las palabras del comisario rebotaban en mis oídos, pero no podía entender su significado. De golpe y porrazo me acusaban de asesinato.

Era demencial; me pellizqué para ver si estaba despierto. Nada de aquello podía ser cierto. Tenía que despertarme de un momento a otro. El domingo teníamos un partido importante y tenía que jugarlo, era necesario que lo hiciese. En unas horas me sacaría todo el alcohol que llevaba en mi cuerpo y volvería a ser el mismo.

Me metieron en una celda. Yo seguía semiinconsciente, aquello me había desbordado. Me sacaron de allí para identificar el cadáver de July Curtis. No había ninguna duda: era ella. Su cuerpo frío y desnudo me produjo miedo, ya no tenía aquel calor capaz de derretir cualquier témpano.

¿La habían matado?

Era una pregunta que me atormentaba con más fuerza de lo normal. Estaba seguro de que eso no podía ser. De acuerdo que estuve casi inconsciente mientras permanecí allí, pero de haber haberlo hecho me habría dado cuenta.

¿Me habría dado cuenta?

Esa pregunta me dejaba fuera de combate, ya que era incapaz de contestarla, y si yo no estaba seguro, era posible que lo hubiese hecho.

Desde luego, la policía no parecía tener ningún tipo de duda y eso hacía que tuvieran en las manos el caso más fácil de los últimos veinte años.

Los periódicos se ensañaban conmigo. Toda esa gente que había admirado mi juego en las canchas durante más de diez años se habían olvidado de mí. Todo había sido negativo en mi dilatada carrera como jugador de baloncesto. Tan sólo Don venía a visitarme de vez en cuando y se preocupó de buscarme un abogado. Los demás no venían a verme. Ni uno sólo de mis compañeros. Debían estar seguros de que todo aquello era cierto.

—No debes tenerlo en cuenta, Mike —me decía Don—, estamos en la recta final de la temporada y hemos de asumir tu baja, no les doy respiro. Yo soy el culpable. Tú sabes que ellos siempre te han querido y que has sido un gran compañero con ellos, yo diría que más que un compañero un amigo.

—Eso creía yo —dije bajando los ojos.

—Todo se arreglará, fue un mal momento, tú en circunstancias normales no habrías sido capaz de una cosa así.

—Luego, ¿también crees tú que lo hice?

—No quería decir eso —intentó disculparse.

—Olvídalo, a veces yo también creo que soy culpable.

Y era cierto. Mi mente hacía unos días que había dejado de funcionar con claridad. Todo era un espejismo que se había vuelto en mi contra y al que tenía que aceptar sin remedio.

Yo, a pesar de todo, había negado las acusaciones. No estaba dispuesto a aceptar que aquello que decían fuera cierto. En mi fuero interno, a pesar de mi desconcierto, tenía algo que me gritaba: INOCENTE.

Y tenía que ser así, no debía darme por vencido; eso era lo último que podía hacer un deportista y yo lo era. Contra todos si era posible, pero deportista al fin y al cabo, y un deportista acepta la derrota cuando ésta se produce en buena lid, pero jamás tira un partido antes de jugarlo. Y lo que estaba haciendo era tirarlo y eso no estaba dispuesto a consentirlo.

* * *

Las huellas que habían encontrado en el apartamento de July Curtis eran las mías, lo que no hacía más que ponerme la soga al cuello, la acusación de asesinato tomaba cartas de naturaleza oficial.

Mi abogado, Red Siner, vino a verme con la mala noticia.

—Esto se pone feo, señor Holis —me dijo con un aire circunspecto, y es que a ningún abogado le gusta perder un pleito de antemano y al parecer, aquél estaba perdido. Yo, por mi parte, durante los últimos días, había intentado encontrar en mi mente algo que pudiera darme una pista, pero no lo acababa de conseguir.

Los combinados de July.

Claro, ahí estaba la cuestión, me había drogado. Esa era la explicación de que hubiera permanecido tanto tiempo inconsciente. Pero, ¿por qué? Eso es lo que tenía que averiguar.

—¿Me escucha, señor Holis? —preguntó el abogado.

—Perdone, estaba distraído.

—Le he traído unas fotos del apartamento de July y del lugar donde fue encontrado el cadáver, tal vez pueda ayudarle a refrescar la memoria.

Me alargó las fotos. Dudaba mucho de que pudieran servirme de algo, pero comencé a mirarlas; tampoco tenía nada mejor que hacer en aquel momento y hubiese sido una descortesía de cara al señor Siner.

No podía creer lo que veían mis ojos. Aquel apartamento no tenía nada que ver con el que yo había estado con July Curtis. Le miré con ojos abiertos de par en par, creo que casi se me salían de las órbitas. El abogado se dio cuenta de que algo estaba sucediendo en mi interior.

—Se diría que está viendo a un fantasma —me dijo.

—Algo parecido —le respondí.

—Me gustaría que…

No le dejé terminar.

—¡Cállese, por favor!

Era una orden más que una súplica. El abogado se quedó silencioso durante unos minutos.

—Este no es el apartamento en que yo pasé los tres días con July Curtis.

Fue como un mazazo para él.

—¿Está seguro? —me preguntó en cuanto pudo recobrar el aliento.

—En mi vida lo he estado más de una cosa. Cuando entré con ella tenía una resaca enorme, pero no estaba borracho.

Capítulo VI

IGNORO si mi abogado creyó lo que le dije, pero al menos hizo ver que sí y prometió investigar lo del apartamento. Debo confesar que a raíz de su expresión no quedé muy convencido de su eficacia. Mientras tanto, yo estaba encerrado allí sin poder hacer nada y me daba en la nariz que era el único que iba a tener interés en este asunto, no en vano era mi cuello el que estaba en juego.

Televisaban un partido de baloncesto de mi equipo y conseguí que me dejaran verlo por televisión, lo que no dejaba de ser un alivio para la tensión que estaba viviendo aquellos días.

Pude comprobar que sin mí el equipo se desenvolvía bastante bien, a pesar de que el rival era uno de los más flojos de la competición.

Charli estaba encestando cuanto y como quería y se estaba convirtiendo en la figura del partido. Yo vibraba desde mi celda y las piernas me hormigueaban. Era una extraña sensación. Después de tantos años me encontraba lejos de la cancha sin posibilidades de saltar a ella. Me imagino que ésa debe ser la sensación que uno siente cuando debe retirarse por imperativos de la edad. Luego, a poco eso debe superarse. Sin embargo, yo aún podía jugar un par de temporadas más y tal vez tres con un poco de suerte.

Viendo el juego no me daba cuenta de que allí encerrado no volvería a pisar nunca una cancha de baloncesto. El partido me hacía vibrar con su juego rápido y espectacular, y mientras duró la transmisión, olvidé todo lo que estaba sucediendo, incluso mi estancia entre rejas.

Seguí viendo el programa, ya que tras el partido entraban las noticias.

Hablaban de mí y pusieron el video del infausto partido en el que

perdió la vida Tim. Lo dieron un par de veces ralentizado y pude ver con asombro algo que no recordaba había sucedido.

Abrí los ojos para ver la repetición. No, estaba seguro de que éstos no me engañaban. Aquellas imágenes no eran las del rebote fatídico. Estaba seguro, aunque no sabía el motivo. Desde luego, alguien las había trucado. En el momento del choque no se me veía el rostro, pero sí la agresión clara y contundente, impactando en el rostro de Tim. Yo sabía que la jugada no había sido así. Lo recordaba perfectamente. Volví a reconstruirla en la mente una y mil veces. Aquel puño que impactaba con Tim no era el mío. Cada vez estaba más seguro.

July Curtis.

¿Por qué ella fue a pagar mi multa?

¿Por qué me drogó?

¿Por qué la mataron?

¿Por qué trucaron el video?

Demasiados porqués para que se tratara de una casualidad. Había sido víctima de un complot perfectamente preparado, no sabía el motivo, pero seguro que habría alguno, aunque yo lo ignorase. Desde luego, me habían tendido una trampa y yo había caído en ella como un corderito.

En mi mente ahora estaba todo muy claro. Pero ¿qué hacer? Esa era la verdadera pregunta. Estaba seguro de que nadie iba a creerme aunque jurase y perjurase, era demasiado fantástico para que pudieran pensar que estaba diciendo la verdad. Una mente diabólica lo había preparado todo de una forma perfecta.

¿Qué hacer?

Tenía que salir de allí, era mi última oportunidad, encerrado en aquella celda no podría demostrar nada, ni un milagro me salvaría. En este momento sabía que era inocente. No sólo de la muerte de July, sino de la accidental de Tim. Algo turbio se escondía en todo aquel asunto, para que los buenos profesionales de la televisión se hubieran vendido. Eso denotaba que se trataba de gente poderosa. Una gente que debía estar sentada cómodamente en su sillón esperando verme colgado como a un vulgar pardillo.

Salir de allí.

No había otra solución.

* * *

Aquella noche no pude dormir. Mi cabeza era un le daba, no encontraba una salida a todo aquel laberinto.

Me preguntaba, en el supuesto de que lograra huir, cómo podría esconderme de la policía y sobre todo cuál sería la forma de llegar al fondo de toda aquella terrible madeja que no me quedaba más remedio que desenredar si quería salvar el pellejo y la reputación. ¿Tenía aún amigos? Era una buena pregunta que me martilleaba el cerebro con fuerza. Siempre había sido un buen compañero con todo el mundo, pero amigos, lo que se dice amigos para un caso como éste, tal vez eran pocos o ninguno.

Los nombres fueron pasando mentalmente por mi lado sin que lograra detener a ninguno.

Cuando amanecía lo encontré: ADAM LLOID.

Era el hombre, no había duda. Nos conocíamos desde pequeños y, aunque hacía más de dos años que no nos veíamos, estaba seguro de su lealtad y su amistad. Sí, él era el hombre; no había otro en el que pudiera confiar tanto.

Sentía un fuerte hormigueo en todo mi cuerpo. Pensaba que era la decisión correcta, pero una comezón de intranquilidad me bullía por todo mi interior.

¿Estaré en lo cierto?

Por fin me decidí.

—Carcelero —llamé al hombre encargado de las celdas. Este vino con paso cansino. Había sido, y tal vez lo si guíese siendo un fanático del deporte de la canasta, lo que hacía que me mirase con cierto respeto a pesar de todo lo que se me imputaba en aquellos momentos, que por cierto no era moco de pavo.

—¿Qué quiere? —preguntó en un tono amorfo.

—Pluma y papel, quiero enviar un telegrama urgente. ¿Puede ser?

—Claro, el señor no tiene más que pedir —no sé si lo dijo con sorna o no. La verdad era que el hombre se mostraba siempre igual, aunque había visto tratar a otros reclusos bastante peor.

Una hora después, cuando ya estaba que echaba chispas, me trajo los bártulos y redacté el telegrama. Esperaba que siguiera en la misma dirección. No se me había ocurrido pensar que Adam cambiara de domicilio sin comunicármelo. Claro que en dos años pueden ocurrir infinidad de cosas.

—Es urgente —le dije al carcelero.

—Siempre con prisas, no sé el motivo —dijo cogiendo el texto del

telegrama y marchándose refunfuñando.

Tal vez tuviese razón. Si estaba allí era por algún motivo y el mío era del dominio público. Un asesino que desprestigiaba el noble deporte de la canasta, uno más de los escándalos contra los que siempre había luchado y que me estaba salpicando de lleno.

Las horas que siguieron se me hicieron interminables. Me imaginaba la cara de Adam recibiendo mi telegrama. Por más esfuerzos que hacía no podía dar con su expresión correcta.

¿Y si no viniese?

Era una posibilidad que no estaba dispuesto a admitir. Era el único punto de contacto con mi libertad.

Libertad, hermosa palabra.

Esa noche tampoco pude dormir.

Mis nervios eran cada vez mayores.

Capítulo VII

¡POR fin! Allí estaba mi buen amigo Adam Lloid.

—Tienen sólo diez minutos —dijo el carcelero cerrando la puerta tras Adam.

—¡Mike! —exclamó Adam abalanzándose sobre mí. Nos fundimos en un fraternal abrazo.

—Creía que no ibas a venir —le dije visiblemente emocionado.

—¿Por qué? —me preguntó con esa ingenuidad que siempre había sido una de sus características más acusadas.

—Las circunstancias no son de lo más favorables para mí.

—Los amigos estamos para las ocasiones, y yo, Mike, sigo siendo tu amigo a pesar de todo.

—¿Crees lo que dicen de mí?

—Sólo creeré lo que tú me digas.

—Es algo que te agradezco —le respondí yo, aunque no estaba muy seguro de la sinceridad de sus palabras. Al fin y al cabo, todo me condenaba de una forma absoluta. —Me has llamado y aquí estoy. Hubiese venido de todas formas, pero en el rancho ya sabes cómo son las cosas y siempre creí que se trataba de un malentendido. No sé.

—No intentes disculparte —le dije yo, aunque en el fondo le agradecía sus palabras—. Todo esto parece normal, pero no lo es. Yo no he matado a nadie.

—Me alegro. Es un consuelo oírlo de tus labios.

—¿Crees que miento? —le pregunté, mirándole fijo a los ojos. No desvió la mirada.

—Sé que dices la verdad. Sabes que te ayudaría de todas formas, he

venido para eso y puedo asegurarte que me alegro mucho más de que sea así.

—Tenemos poco tiempo, Adam, así que presta mucha atención, no tengo tiempo de pararme en detalles, debo ir directo al grano.

—Te escucho.

Le expuse la situación de los hechos con rapidez y concisión. Adam era muy despierto y no me interrumpió durante todo el relato. Cuando terminé, me dijo:

—Está difícil, pero lo conseguiremos. ¿Qué quieres que haga?

Se lo dije.

—Puedes decir que no, es arriesgado y no me enfadaría si te volvieses atrás.

—Me ofendes, Mike, estoy contigo hasta el final. Yo también creo que es la única forma. —Será como buscar una aguja en un pajar.

—A veces se encuentra —me dijo sonriendo.

—Cuidado —le advertí de la presencia del carcelero.

—Bueno, amigo —comenzó a hablar en un tono más alto—. Espero que todo te vaya bien, me gustaría quedarme un poco más, pero el reglamento…

—Su tiempo ha pasado, señor —dijo el carcelero—. Lamento tener que ser tan estricto, pero son las órdenes.

—Lo comprendo, buen hombre —dijo Adam—, y tú cuídate, ya sabes.

Se fue con el carcelero, aún les oí comentar:

—Mal asunto.

—Siempre fue un poco cabeza loca.

Adam estaba desempeñando su papel a la perfección.

Estaba bastante más tranquilo después de aquella entrevista, sabía que él no me fallaría. Le estaba pidiendo que se arriesgase mucho y me dolía, pero en mis circunstancias no había otra opción. El así lo comprendió, con mucha más facilidad de la que había esperado en un principio.

Estaba orgulloso de tener un amigo como Adam Lloid.

* * *

—El lunes lo llevarán a declarar ante la comisión deportiva.

Fueron las palabras de mi abogado.

—Me parece una tontería —dije yo despechado.

—Sí, también lo creo, pero es un formulismo que debe hacerse, podrá ver la calle antes de que comience el juicio por lo de July Curtis.

July Curtis.

Estaba aquello tan lejano, que me parecía algo que nunca había sucedido y, sin embargo, estaba muerta y a mí me iban a acusar de haberla matado. Mejor dicho, ya me acusaban. En esas circunstancias, lo de la comisión deportiva por el asunto de Tim parecía una menudencia, aunque no lo era.

—¿Estará usted presente? —le preguntó al abogado.

—No es asunto de mi competencia, es cosa deportiva; además, será puro formulismo. «Claro, si por lo de July ya me piensan liquidar, qué más da.»

—¿Ha averiguado algo sobre el apartamento? —le pregunté a sabiendas de cuál iba a ser la contestación.

—No, pero le aseguro que tengo a un par de hombres sobre el asunto.

Eso era tanto como decir que la cuenta de gastos iba a subir hasta el infinito. Red Siner, el buen abogado, debía pensar que el dinero que tanto me había costado ahorrar en diez años de sacrificio deportivo, de muy poco me iba a servir metido en aquella jaula. Porque para él, el asunto estaba resuelto por completo. Eso era algo que me molestaba cada vez que lo veía. Pensaba que algún día se lo refregaría por el rostro.

Se marchó y volví a quedarme solo.

Enchufé la televisión, era un lujo que aún tenía.

Estaban dando dibujos animados, debo confesar que siempre me han gustado mucho.

En una cadena daban un partido de baloncesto. Lo puse, me atraía unos recuerdos que tal vez no debía rememorar en aquellos momentos.

¿Me volvía masoquista?

Tal vez fuese así.

* * *

Al sacarme de la celda me esposaron.

Me metieron en un coche patrulla y me llevaron al edificio donde estaba el jurado del comité de competición que debía interrogarme.

—¿Tengo que seguir con esto? —pregunté señalando las esposas.

—Me temo que sí.

—Resulta bochornoso. ¿De quién tienen miedo?

—De nada, señor Holis, es simple aplicación del reglamento.

—¿Creen que puedo escapar? —inquirí con sorna.

—Desde luego que no, pero así en el caso de que lo intentase no podría ir demasiado lejos.

—Da gusto saber que los impuestos que paga uno son utilizados a conciencia.

—Ese es nuestro orgullo, señor. El contribuyente paga y recibe el mejor servicio. No seríamos dignos del puesto si no fuese de esa forma.

Entró en la sala. Cinco hombres sin piedad estaban con sus ojos clavados en mi persona. Me entró ganas de vomitar. Todo aquello no eran más que una panto—mina. El veredicto de culpabilidad se notaba en sus ojos. Me habían juzgado antes de hora.

—Siéntese, señor Holis —dijo el que estaba en el centro y que debía de ser el presidente de la comisión.

—Estoy mejor de pie —expliqué yo.

—Como guste.

Capítulo VIII

—CUIDADO, se escapa.

Todo fue muy rápido. Una piedra rompió el cristal de la sala donde estábamos reunidos. Me lancé hacia la puerta del fondo y de allí a la ventana por la escalerilla de incendios. Las esposas me impedían mover las manos, pero no las piernas. Estuve en la calle en un abrir y cerrar de ojos. Adam me abrió la puerta de un coche.

—A él —gritó uno de los policías. El patrullero que estaba en el coche intentó por todos los medios lanzar su coche en nuestra persecución, pero un camión de naranjas chocó con él.

Salimos disparados.

—Suerte del camión —dije yo.

—Es el capataz de mi rancho —me dijo Adam.

—¡Genial! —exclamé—; sencillamente, genial.

Dimos la vuelta a una calle estrecha y salimos del coche para inmediatamente meternos en una furgoneta.

—Veo que lo tenías todo preparado.

—En estos asuntos no se debe dejar nada a la improvisación.

Seguimos nuestro camino unas cuantas calles más.

Entramos en un pequeño almacén, allí un hombre de aspecto rudo me despojó de las esposas en menos de lo que canta un gallo.

Ante mi asombro, Adam dijo:

—Tranquilo, Mike, es como si fuera una tumba. Al salir de allí cogimos otro coche.

—Toda precaución es poca, ¿no te parece, Mike? —su sonrisa seguía en sus labios como si acabáramos de cometer una travesura.

* * *

—Te presento a Tina Raili, es una experta en caracterización, capaz de cambiar tu aspecto, tanto que no te reconoceré ni yo. Además, te prestará su casa. Te advierto que es un refugio perfecto.

—Encantado, señorita Raili —dije yo boquiabierto ante la joven morena que tenía frente a mis ojos. Su belleza era serena, aunque sus formas eran rotundas. A través del suéter y la falda que llevaba se adivinaba un cuerpo perfecto, donde no sobraba ni faltaba nada. Como debía ser.

—Puedes llamarme Tina, y será mejor que empecemos a tutearnos; si eres tan amigo de Adam como para que se juegue la vida por ti, puedes considerarte amigo mío.

Sus palabras denotaban una firmeza de carácter a prueba de bomba. La contemplaba embobado.

—Mike, reacciona —me dijo Adam bromeando—, que se trata de un ser de carne y hueso.

—De eso estoy seguro. ¿Y tú?

—No te preocupes, tengo una coartada perfecta. Por cierto, me largo antes de que se note mi ausencia. Estaremos en contacto, pero no aquí, me imagino que me seguirán durante unos días y, aunque no sea así, es mejor tomar precauciones.

—No sé cómo pagarte todo lo…

—Desenredando este lío, tengo ganas de volver a verte en la cancha, ése será el mejor regalo que puedas hacerme y a Tina también, es una fan de los Tigres.

—¿De veras? —pregunté yo, mirándola a los ojos. La muchacha se ruborizó.

* * *

—Adam tenía razón, ni yo mismo soy capaz de reconocerme —dije cuándo Tina terminó su labor de caracterización.

—Tal vez te resulte un poco incómodo llevar esta cara, pero la incomodidad está, en este caso, al servicio de la seguridad. Y en tu situación creo que resulta mucho más interesante lo segundo.

—Desde luego. No hay duda de que Adam es un hombre de suerte.

—Un buen amigo, nada más —fue rotunda en ese nada más, lo que dejaba bien clara cuál era la relación entre ella y Adam, aunque, claro,

no podía asegurar que ese nada más estuviese queriendo decir lo que yo deseaba con todas las fuerzas que quisiera decir. Seguramente tantos días encerrado sin ver a una mujer me habían afectado más de la cuenta.

—¿Te apetece comer algo? —me preguntó Tina.

—Creo que sí —respondí.

—No estás muy seguro de nada, ¿verdad?

—Los últimos tiempos han sido demasiado extraños como para que uno sepa qué es cierto o no.

—Adam me lo ha contado todo. El te cree.

—¿Tú no? —pregunté de una forma un poco ingenua.

—¿Tiene eso mucha importancia?

—Sí, para mí, sí —le dije convencido de que necesitaba su apoyo moral más que el real, que sin duda me estaba dando sin saber nada de mí, salvo lo que le había contado Adam.

Eso por sí sólo ya decía mucho en su favor. No había duda.

—La verdad es que resulta todo tan fantástico, que tiene que ser cierto.

—¿Te habrías prestado a ayudarme si no creyeras en mi inocencia?

—No lo sé —dijo dubitativamente.

—Eso no es cierto, al menos así me lo parece.

—Tienes razón. Te estoy mintiendo. Supongo que si pensase que eres capaz de matar, no te ayudaría por nada del mundo.

Esas palabras me reconfortaron, tranquilizándome a la vez.

—Voy a preparar algo de comer, es conveniente tener el estómago lleno para poder afrontar mejor las situaciones difíciles —lo dijo sonriendo y se dirigió hacia la cocina con paso firme y seguro. Caminaba como los propios ángeles. En el caso de que éstos lo hicieran, cosa que no sabía.

* * *

—Tenemos ante nuestras cámaras al jefe de la policía de Los Angeles, que ha tenido la gentileza de venir hasta nuestros estudios para hablarnos de la noticia del día, que no es otra que la fuga desde las oficinas del comité de competición de la liga profesional de baloncesto, del pivot de los Tigres de Los Angeles Mike Holis, acusado de asesinato en primer grado de la joven July Curtis y de ser el homicida tal vez involuntario de Tim Nolan, fallecido tras una agresión en…

—¡Malditos embusteros! —exclamó indignado.

—¿Quieres que la cierre? —me preguntó Tina.

—No, es igual, tengo que acostumbrarme a ello.

—No es bueno disgustarse cuando se está haciendo la digestión.

—Es cierto, debo decirte que hacía tiempo que no comía tan a gusto.

—Eres un vulgar adulador, la comida no tenía ningún secreto, tú mismo la podías haber preparado.

—Seguro que no hubiese sabido igual.

Sonrió sin hacerme demasiado caso, resultaba fantástico que en mis circunstancias conservase el buen humor.

—¿Tienes algún plan?

—Ninguno y miles, no sé por dónde empezar, pero esta noche saldré a ver qué puedo averiguar.

—Te he preparado una nueva documentación para tu nuevo rostro y dinero. No me mires así, es sólo un préstamo, cuando esto termine ya me lo devolverás. No creo que fuese prudente ir a cobrar ningún talón a tu verdadero nombre, porque a partir de ahora te llamas Tom Kirby. Que no se te olvide.

Tom Kirby, no estaba mal.

Capítulo IX

SALÍ a la calle por la noche como un flamante Tom Kirby; me había aprendido muy bien los detalles de mi nueva personalidad. A pesar de lo que debía de tener sumo cuidado con no caer en ningún tumulto que pudiese acercar a la policía hacia mi nueva personalidad.

Me había trazado un plan muy suigéneris, que consistía en volver a los mismos lugares que visité la noche triste de mi partido en el que sufrió mortal accidente Tim Nolan. Tal vez hacerlo así no fuese el camino adecuado para encontrar la aguja en el pajar que era la ciudad de Los Angeles, pero no se me ocurría otra forma y por algún lugar tenía que comenzar.

Entré en el mismo tugurio y consulté el reloj, que esta vez sí llevaba. Calculé que debía ser la misma hora que aquella noche, aunque no podía estar muy seguro.

La barra estaba desierta y el camarero seguía con su colilla pegada a los labios.

—Whisky —pedí en un tono de voz distinto al mío natural, no era probable que bajo aquel disfraz fuese reconocido, pero en mi situación toda precaución era poca, así que igual que tomé nuevo aspecto, también adquirí nuevo tono de voz. Menos mal que de pequeño había sido muy aficionado al teatro y sobre todo a las imitaciones, lo que en esos momentos me servía de gran ayuda. Era muy poca la gente que conocía esas habilidades mías, lo que no dejaba de ser una suerte.

El camarero me dejó el vaso y la botella, al igual que había hecho aquella noche. Me serví un trago, esta vez no quería beber demasiado, necesitaba estar despejado y ojo avizor.

—Muy poca gente por aquí —dije intentando entablar conversación

con el viejo.

—Es aún demasiado pronto, claro que a veces preferiría que no viniese nadie. Son todos unos pesados.

—A mí también me molestan los pesados —le dije guiñándole un ojo y dando a entender que me gustaba la conversación, cosa que no pareció desagradarle tanto como había pensado en un principio. Tal vez lo que pasó es que la otra noche mi estado de ánimo era muy diferente. Sí, seguro que sería eso.

—Cuando hay partido, al terminar, y según el resultado, esto se pone increíble.

—¿Le gusta el baloncesto?

—No, me refiero al béisbol —me respondió. Acababa de meter la pata no sabía exactamente por qué. El baloncesto no tenía nada que ver conmigo, yo era Tom Kirby, me lo tenía que grabar bien en la dura cabezota. Por fortuna, el viejo hizo caso omiso de mi observación y siguió hablando como si tal cosa.

—En esos momentos aún vale la pena estar aquí, se hace un poco de caja y compensa, pero el resto, siempre los mismos borrachos pendencieros y bravucones.

—¿Le apetece una copa? —le pregunté yo en tono amable.

—No acostumbro a beber con los clientes, pero un día es un día. ¿Es la primera vez que entra aquí?

—La primera —dije, a sabiendas de que él estaba seguro de que así era, a no ser que mi disfraz fuese una burla, y sabía que no era así.

—Estaba casi seguro, soy muy fisonomista, ¿sabe?, es muy difícil que se me olvide una cara. Salud —dijo mientras levantaba su copa y yo hacía lo propio.

—No está mal este whisky.

—Es lo único que no está mal en este tugurio, por eso viene gente a veces más importante de lo que parece. La otra noche estuvo aquí ese jugador de baloncesto que busca la policía por asesinato. Lo vi una vez por televisión y ya está. No hay rostro que se me olvide, por eso estaba casi seguro de que no lo había visto nunca aquí, señor…

—Kirby, Tom Kirby —le dije, pues aunque pretendiera disimular que le importaba un rábano mi nombre, estaba deseando oírlo.

—Muy bien, señor Kirby, puede llamarme Mac. Dentro de un rato, cuando usted se marche de aquí, habré olvidado con toda seguridad su nombre, pero su rostro no volveré a olvidarlo jamás, ni el detalle de que me he tomado una copa con usted.

—Mejor dos, con un solo pie se camina mal.

—Tiene razón, señor Kirby, sabe que me cae usted bien.

—Llámeme Tom, mis amigos suelen hacerlo.

—Es una osadía que no me atrevo a utilizar.

—Puede hacerlo, ya que yo se lo autorizo, me sentiré muy honrado

Aquello pareció agradarle. Nuestra conversación se fue volviendo cada vez más fluida, hasta que la puerta se abrió y entraron los primeros clientes de la noche.

Me llevé un fuerte sobresalto, ya que se trataba de los mismos individuos de la otra noche.

Mac les sirvió y volvió al lugar donde me encontraba.

—Espero que se vayan pronto, no me gustan nada.

—¿Siempre lo hacen? —pregunté arriesgándome un poco.

—Casi siempre, aunque, si tengo que ser sincero, la única vez que los vi salir de estampida fue la noche que estuvo aquí ese jugador de baloncesto. ¿Cómo se llama? —No lo sé, no soy muy aficionado a ese deporte.

—Creía que sí, como usted antes lo mencionó…

—Fue tan sólo por asociación de ideas —dije yo, sabiendo que con aquel viejo siempre se estaba pisando terreno resbaladizo.

—¿Qué es eso de la asociación? —me esperaba la pregunta.

—Antes de entrar aquí, pasé por una cancha de ese deporte, al decirme usted…

—Lo entiendo —me dijo sin darme tiempo a continuar.

Siguió entrando más gente, aunque no demasiada, y el viejo fue apartándose de mí. —Mac —le llamé.

—Sí, señor Kirby —dijo en voz alta para que todos escuchasen mi nombre.

—¿Qué le debo?

—Cinco dólares, por ser para usted.

Dejé diez sobre el mostrador y salí de allí.

—Vuelva cuando quiera, ya sabe que ahora está en mi lista.

Aquellas últimas palabras del viejo no me gustaron nada. Me hubiese gustado esperar dentro a que salieran los dos individuos que tan rápidamente salieron tras de mí el sábado por la noche tras el partido, pero decidí que hubiera sido muy arriesgado. De todas formas, me agazapé en un portal esperando la salida que, por lo que me había dicho el viejo, no tardaría en producirse.

Y así fue, por poco no salen tras mis pasos. Quedaron como sorprendidos al no verme.

Aquello era muy raro.

Después de mirar arriba y abajo cada uno por su lado volvieron a esconderse en medio de la calle.

—No puede haberse evaporado.

—Tal vez tenía un coche esperando.

—Y el ruido del motor, cabeza de chorlo, que piensas menos que…

Continué en mi escondite hasta que los dos hombres se fueron calle adelante.

Salí de allí dispuesto a seguirles y a enterarme de qué era lo que querían del pobre Tom Kirby, al que no habían visto en su vida o así al menos lo creía yo.

No se giraron ni una sola vez. Estaban muy seguros, eso favoreció mi camino.

Resultó un juego de niños.

Capítulo X

LOS seguí hasta la sala de fiestas donde yo me había metido aquella noche, aquello comenzaba a tener sentido, aunque ignoraba la relación que podía tener con lo sucedido. Sopesé la posibilidad de entrar y los riesgos que a buen seguro correría haciéndolo.

Entré, mi situación no era como para ponerle miramientos a una oportunidad como aquélla.

Se me acercó la especie de camarero-recepcionista que lo hizo la otra vez. Las caras de aquella noche, a pesar de mi presunta borrachera, se habían clavado en mi mente. De ello dependía mi vida. Dentro de mi traje mis músculos estaban tensos y prestos a entrar en acción a la menor señal de peligro.

—¿Una mesa, señor?

—La mejor que tengas —le dije, dándole diez dólares. Se le abrieron unos ojos como platos.

—Sígame, tengo algo especial.

Me llevó a una especie de reservado desde el que se podía vislumbrar toda la pista y desde el que no podían verme, cosa que me gustó. El dinero bien administrado, o mejor bien vilipendiado, surtía sus efectos rápidos y oportunos.

—Enseguida le envío al camarero. ¿Quiere compañía?

De la forma en que me miró supe que debía decir que sí, caso de no hacerlo el joven se hubiera visto en un compromiso, ya que los reservados estaban para eso precisamente. —Sí, lo cierto es que estoy muy solo, acabo de llegar a la ciudad y no conozco nada. —Déjelo de mi cuenta, señor.

—Muchas gracias, joven, eres muy amable.

—Con caballeros como usted da gusto tratar.

No había duda de que se estaba trabajando una segunda propina, que intuía mucho más suculenta. Ahí era nada un pueblerino que visitaba Los Angeles por primera vez.

Antes que el camarero llegó una muchacha que tendría algo más de treinta años, pero que conservaba aún algo pasable dado la profesión que ejercía. La miré de arriba abajo. —Si no te gusto, puede venir otra —me dijo con aire cansino y resignado que me dio lástima.

—No, está bien; puedes sentarte, si quieres.

—Muchas gracias, señor; es usted muy amable.

—Tom, me llamo Tom, y no me gusta que me llamen señor, si quieres que seamos buenos amigos, conviene que vayas aprendiendo las normas.

Mis palabras eran o querían ser duras. Tenía que representar mi papel.

Mis ojos buscaban a los dos individuos a los que había seguido hasta allí. Pude verlos en la barra hablando con el que debía de ser el encargado.

—¿Qué van a beber los señores? —preguntó el camarero que se había acercado detrás de la chica para servirnos.

—Pide lo que quieras —le dije a ella.

—¿Champán? ¿Te gusta? A mí me entusiasma.

—Trae una botella de champán y un whisky doble —pedí yo.

—En un minuto.

—¿No te gusta el champán? —inquirió ella un poco asustada.

—Sí, pero primero prefiero un whisky, es más fuerte y lo necesito.

—Ah, bueno —dijo en un tono infantil que nada tenía que ver con su profesión. Imaginaba que su historia sería triste y vulgar como las había a cientos y que seguramente me tocaría escucharla toda.

El camarero trajo las bebidas. Bebí un trago de mi whisky mientras ella saboreaba el champán. El solo pensar que yo no probase de la botella la tenía muy preocupada.

No perdía de vista la barra. Pude ver cómo los dos hombres se metían dentro con el encargado.

No salieron más de allí.

Cuando todo terminó y tuve que irme sin haber averiguado nada… Una de dos, o habían salido por una puerta trasera, o aún permanecían dentro.

La chica quería llevarme a su casa, había cogido una buena torradora y quería terminar su jornada de suerte pegándose un revolcón que le iban a representar unos dólares más. Se los di y me despedí de ella prometiéndole volver, ya que me gustaba mucho. Lo cierto es que no le hice demasiado caso en toda la noche, claro que ella pudo pensar que era uno de esos individuos que disfrutan mirando o algo por el estilo. Lo cierto es que me tenía sin cuidado.

Estaba cansado y decidí recogerme en mi refugio.

Paré un taxi y le di la dirección de Tina.

No había casi tránsito. Sólo veía a gentes limpiando las calles y algunos que salían de sus casas para ir a trabajar. Sólo los viciosos y los rateros se recogían a esas horas. Algunas estrellas del mundo del espectáculo también lo hacían, pero eran las menos.

No me tropecé con ningún policía de frente y pensé que hasta ese momento la suerte se había aliado conmigo.

* * *

Entré muy despacio para no despertar a Tina.

—¿Qué tal sus andanzas, señor Kirby? —me preguntó ella desde la puerta de su habitación; estaba envuelta en una preciosa bata semitransparente.

—No quería despertarte —dije mientras ella encendía la luz.

—Tengo el sueño muy ligero, además, me imagino que te vendrá bien una taza de café. —Me estoy convirtiendo en una carga muy pesada para ti y me molesta que sea así.

—Nadie me obliga, o sea que cállate. En silencio estás mucho más guapo.

Dicho esto, se fue a la cocina a preparar el café. Aquella mujer era desconcertante. Uno no podía llevarle la contraria. Era perder el tiempo. Ignoraba de dónde era capaz de sacar tanta energía, pues siempre se la veía fresca como una rosa.

—Aquí está el café. ¿Fue bien la caza?

—A medias —le respondí, y pasé a relatárselo todo.

—¿Crees que pueden tener algo que ver esos hombres?

—Más bien diría que sí. Por lo menos es un punto de partida.

—Podría hacer algunas indagaciones por mi cuenta —me dijo Tina con aire resuelto.

—Me niego —dije yo, autoritario.

—¿Te crees mi dueño o algo así?

—No, pero este asunto es cosa mía.

—Y mía también, no olvides que al esconderte aquí, estoy metida hasta el cuello.

No había pensado en ello. Olvidaba por momentos el riesgo que estaba corriendo por mí.

—Lo lamento —pude balbucir.

—Olvídalo, es mi temperamento; muchas veces sale al exterior sin que yo pueda evitarlo.

—Cada uno es como es —dije yo, por decir algo.

—Será mejor que te acuestes, mañana necesitarás de toda tu energía.

Como siempre tenía razón.

Me acosté con un regusto amargo en la boca y no era precisamente por el café.

Capítulo XI

ME desperté sobresaltado. Miré mi reloj y pude ver que eran las doce del mediodía, había dormido como un tronco. Me levanté y fui hacia la cocina. Junto a los periódicos del día estaba una nota de Tina.

«No te muevas hasta que venga; es importante.»

» *Tina*.»

Me preparé una taza de café y fui al cuarto de baño. Me metí bajo la ducha, el agua me refrescó devolviéndome toda mi vitalidad, a la par que estropeaba mi maquillaje.

No me había dado cuenta. La verdad es que aquella mañana me había levantado como si fuera el hombre normal de siempre. Lamentaba el error, pero no había remedio. Pobre Tina, dos horas más de trabajo.

Cuando llegó se lo tomó a risa.

—No pongas esa cara —me dijo—, estaba convencida de que te pasaría, no es para lamentarse tanto. Lo haré de nuevo. En el fondo, me gusta.

—Eres una adorable embustera.

—No lo sabes bien —me dijo guiñándome un ojo.

Cuando Tina terminó, volvía a ser Tom Kirby de nuevo.

—He averiguado algunas cosas, pero no me preguntes cómo, no te lo pienso decir.

—Me gusta siempre saber la procedencia de mis informaciones —dije medio en serio y medio en broma.

—Por una vez tendrás que fiarte de mí.

—Ya sabes que lo hago, estoy por entero en tus manos.

—No me gusta esa insinuación —dijo algo molesta por el sarcasmo de mis palabras. —Retiro lo dicho, si así te quedas más tranquila.

—De acuerdo. Los dos hombres que seguiste ayer trabajan para un tal Powel, que es entre otras cosas propietario del tugurio que tú llamas sala de fiestas.

Protesté.

—Yo no lo llamo así, son ellos los que lo dicen, al menos hay un rótulo que queda muy a la vista que lo especifica.

—Está bien, dejémonos de menudencias. Ese tal Powel tiene relación con Walter Sir, que se cree uno de los capos más importantes dentro del contrabando de drogas mundial, aunque, por supuesto, nada se le puede probar.

—¿El propietario de la Walter Su Oil? —pregunté estupefacto.

—El mismo, no sé de qué te extrañas.

—Creía que era un hombre respetable.

—¿Porque tiene mucho dinero?

—No sólo por eso, es un mecenas que apoya mucho al deporte.

—Y seguro que se sirve de él —afirmó tajante Tina.

—No puedo creerlo —dije yo.

—Alguien tuvo que prepararte una trampa tan bien hecha y no creo que hayan sido novatos.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, pero si no quieres hacerme caso, sigue con tus pesquisas a ver adónde llegas. ¿Quieres que te lo diga?

—Me gustaría —dije asombrado por la otra faceta de Tina que me era desconocida hasta aquel momento.

—A quedar en medio de unos cubos de basura, de tal forma que nadie fuese capaz de distinguir entre la basura y tus restos.

Lo dijo con una dureza tal, que sentí escalofríos. Era como si me estuvieran despellejando en aquel preciso momento.

—Lo cierto es que no me lo pintas muy halagüeño.

—Y no lo es. Sé que estarás preguntándote cómo sé eso y cuál es el motivo de que te lo diga.

—Has dado en el clavo. Sigues siendo muy lista.

—Olvida los sarcasmos y seamos prácticos. Tú tienes un problema y yo te indico parte del camino que debes seguir. El resto es cosa tuya.

—Me parece que tu interés es algo más que complacer a un amigo como Adam.

—Estás en lo cierto. Yo no puedo decirte nada más, pero ya que has confiado en Adam, debes seguir haciéndolo. ¿Qué puedes perder?

—Salvo la vida, nada más —dije yo, y era verdad.

* * *

Entré en la sala de fiestas de Powel decidido a todo. Era posible que me estuviese metiendo en la boca del lobo, pero la situación era para mí cada vez más desesperada y comenzaba a estar harto de ir disfrazado por la vida.

Antes de meterme en la madriguera del lobo había alquilado un apartamento a nombre de Tom Kirby, mi otro socías.

La especie de camarero me reconoció enseguida.

—¿La misma mesa, señor?

—Sí, y la misma compañía —le dije siguiéndole. Al poco estaba con la misma furcia, que se alegró al verme y pensó que tenía solventada la noche.

—Me alegro de volver a verte, Tom, pensaba que no te gustaba, pero veo que estaba equivocada.

—Me gustas tanto, que quiero irme contigo a tu casa ahora mismo.

—Eso no puede ser, querido. Trabajo aquí, ¿recuerdas?

—Toma, puedes pedir permiso —le di quinientos dólares.

—Eso es hablar claro y conciso. —Se fue a hablar con el encargado —. Todo listo, cuando quieras —me dijo al regresar a la mesa.

Salimos de allí. Su casa, si es que a aquella habitación mugrienta se le podía llamar casa, estaba a dos cuadras de la sala de fiestas tal y como había supuesto.

—¿No tienes algo para animarme? —le pregunté para sonsacarla.

—No sabía que fueras de ésos, Tom, podías habérmelo dicho. Aquí no tengo nada. —¿Sabes cómo conseguirlo?

—Jimmy tenía, podías habérmelo dicho.

—¿Quién es Jimmy? —pregunté.

—El chico que nos puso en contacto, creí que erais buenos amigos.

—Y lo somos, pero no hace falta darse los nombres para ello.

—Tienes razón. Si quieres, puedo irte a buscar un poco —dijo alargando la mano. —Quiero un millón de dólares de coca.

Se quedó sin aliento, aquello era demasiado para ella.

—¿Quién eres tú? ¿No serás de la bofia?

Estaba a punto de gritar. Tuve que pegarle un bofetón. Eso la hizo reaccionar.

—No soy de la bofia, chiquilla, ni me gusta la bofia. Quiero lo que te he dicho y estoy dispuesto a pagarlo y en efectivo; ahora bien, quiero tratar directamente con Powel, espero que sepas quién es.

—He oído hablar de él.

Le golpeé de nuevo, esta vez más fuerte.

—No estoy para chistes malos. ¿Comprendido?

—ella asintió con la cabeza. Estaba acostumbrada a tratar con gente ruda aunque no de mi categoría.

—¿Qué quieres que haga? —me preguntó al fin, vencida.

—Dale este mensaje a Powel.

—No sé si podré —dijo tocándose el labio que yo le había partido. Confieso que me repugnaba hacer lo que estaba haciendo, pero sabía que no tenía otro remedio.

—No me gustan las bromas. ¿Sabes lo que te pasará si no haces lo que te digo?

Asintió con la cabeza.

Salí de allí y tomé un taxi. La primera andanada estaba echada, sólo había que esperar el resultado.

Capítulo XII

ESTABA sentado en el apartamento que había alquilado a nombre de Tom Kirby, esperando una visita que no dudaba que se produciría.

Los minutos pasaban lentamente y por mi mente se repetía todo lo que había vivido en los últimos días como si de una película sin pies ni cabeza se tratara.

Pensaba también en Tina y en todo el misterio que la envolvía.

¿Qué relación tenía ella con aquel lío?

Adam me había dejado en sus manos y eso debía ser suficiente para mí, pero debo reconocer que no lo era. No sabía por qué me preocupaba tanto todo lo relacionado con aquella mujer. Era algo que debía ser secundario, dadas mis actuales condiciones de existencia, pero no podía evitarlo. Era algo superior a mis fuerzas.

Pensaba también en mi influencia y en todas aquellas reuniones con mis desaparecidos padres.

Siempre que se huele el peligro, y yo lo podía oler muy bien, parece que hacemos un recuento de nuestra vida, lo que no deja de ser conmovedor.

Por fin oí unos pasos que se dirigían hacia mi puerta. Había terminado mi espera. Se pararon frente a mi puerta. Mis músculos se tensaron; de su rapidez dependía mi vida. Eso lo sabía muy bien y no estaba dispuesto a olvidarlo bajo ningún concepto. Las elucubraciones se terminaron por completo.

Una mano intentó abrir la puerta muy despacio; por lo visto, los visitantes, que por sus pasos debían de ser por lo menos dos, querían entrar sin que me diese cuenta.

Debo confesar que si yo no los hubiera estado esperando con tanta

atención, hubieran entrado sin que me hubiera percatado de ello. Por suerte para mí y por desgracia para ellos, no fue así.

Golpeé fuertemente en la cabeza del primero que entró y éste se desplomó sin sentido, al otro lo agarré por la mano y se la retorcí hasta que soltó la pistola, luego todo fue coser y cantar. Un izquierdazo al hígado y un derechazo al mentón.

Encendí la luz y cerré la puerta. Cogí las armas y pude ver que se trataba de mis dos amigos del tugurio, cosa que por otra parte no me sorprendió.

El primero de ellos comenzaba a despertarse. Lo primero que vio fue mi imagen empuñando la pistola.

—Será mejor que no intentes nada —le dije.

—No, señor —dijo temblando—, y no se ponga nervioso, esos juguetes a veces se disparan y pueden darle un disgusto.

—Yo no lo llevaba, sino tú. Lo único que quería era hablar con Powel para un asunto de un millón de dólares. Era estúpido pensar que lo iba a tener aquí conmigo.

—No digas nada —dijo el otro, que también volvía de los brazos de Morfeo.

—Eso no es muy prudente de tu parte, más en la situación que te encuentras —le dije. —Es un fanfarrón —dijo, dirigiéndose a su compañero.

Me levanté del asiento y le propiné una patada en pleno rostro. Se la di con tal fuerza, que creo que le partí la mandíbula como mínimo. Volvió a perder el sentido tras lanzar un alarido de dolor.

Me dirigí al otro.

—Como verás, la cosa va en serio.

—Sí, señor, yo no decía nada.

—Vas a coger a tu compañero y te lo llevarás de aquí.

—Lo que usted diga —dijo asustado. Me divertía ver a aquella rata inmunda muerta de miedo. Se lo merecía por cobarde.

—Y le vas a llevar el siguiente mensaje a Powel: quiero un millón de dólares en coca, pero sólo trataré con él. Que me diga lugar y hora de la entrega.

—No sé… —ante mi mirada enmudeció de nuevo.

—Dile que si intenta algo más contra mí, le mataré.

—¿Cómo nos ponemos en contacto con usted?

—Os llamaré esta noche a vuestra sala de fiestas. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Pues andando,

Cargó con su compañero y salió con él a cuestas. Salí detrás de ellos.

Un coche los estaba esperando. Hablaron durante un rato. Dejaron al hombre de la mandíbula rota y subieron los dos restantes de nuevo. Por lo visto, no habían tenido bastante.

Me perdí entre la gente, era mucho mejor que no volviéramos a encontrarnos, al menos por el momento; eso es lo que creía yo.

Me quedaban un par de horas de tiempo y no pensaba regresar al apartamento de Tina. Prefería dejarla al margen del asunto, había cosas de ella que no entendía demasiado bien.

Entré en el bar de Mitch, era uno de los lugares que siempre me gustaba visitar. Durante años me había sentido amigo personal de Mitch.

Desde luego, nadie de los allí presentes en aquel momento me reconoció. Estuve a punto de traicionarme al ver a Mitch, pero no lo hice. Todavía seguía siendo Tom Kirby. —¿Qué le sirvo? —me preguntó.

—Una cerveza bien fría —le respondí.

—¿Negra? —me preguntó. Por un momento creí que me había reconocido. Fue sólo un espejismo.

—Me da lo mismo; al fin y al cabo, y una vez en el estómago, nadie se va a preocupar por el color.

Alguno de los presentes rió mi gracia. La verdad es que el chiste había sido muy malo.

No lo había podido evitar.

Puso una cerveza negra.

Me la bebí. Estaba muy buena.

Pagué y me marché, la experiencia no me había gustado.

Estaba sentado en un bar esperando a que llegara la hora de llamar a mí querida sala de fiestas. Estaba visto que todos mis males me perseguían desde que me había decidido a echar una cana al aire. Me decía a mí mismo que eso un profesional consciente no lo hacía en plena temporada. Claro que yo había dejado de ser un profesional consciente. Era mi cuarta cerveza y la verdad es que estaba igual que si no me hubiese tomado ninguna, supuse que eso era debido a los nervios, ya que mi tranquilidad era sólo aparente.

—¡Camarero! —llamé al joven que me había servido—, la cuenta.

—Voy volando —dijo el muchacho. Me había caído simpático. Le di dos dólares de propina. Me estuvo haciendo reverencias durante casi un minuto.

Era tan fácil hacer feliz a la gente…

Entré en una cabina y marqué el número indicado.

—¿Powel? —pregunté.

—¿Quién le llama?

—Él ya lo sabe —dije cortante. Al cabo de unos instantes se puso otra voz, supuse que era Powel.

—¿Quién me llama? —por el tono de la voz comprendí que era Powel.

Quedamos en vernos a las doce del mediodía siguiente en la sala de fiestas.

Me olía a encerrona, pero acepté.

La verdad es que ignoraba el motivo.

Capítulo XIII

PASÉ la noche en un hotel, pensé que era lo mejor, ya que desde luego hubiera sido una imprudencia volver al apartamento. En casa de Tina hubiese estado más seguro, pero preferí no hacerlo. Ella tal vez hubiese querido meter las narices en el asunto y yo no quería. De todas formas, había sido la propia Tina la que me había puesto sobre la pista; claro que más tarde o más temprano hubiese llegado al mismo camino, ya que yo ya seguía a aquellos hombres.

Estaba hecho un verdadero lío y lo cierto era que no comprendía nada, a no ser que dentro de unas horas me las iba a ver con el propio Powel en persona.

¿Qué haría?

¿Cómo reaccionaría al ver que no llevaba el millón de dólares?

La verdad es que esto último es lo que menos me importaba, pues demostraría ser un imbécil, si después de lo ocurrido con dos de sus patanes me metía en la boca del lobo con el dinero. Eso al menos jugaba a mi favor. Luego tendría que jugar mis cartas. Por lo menos iba armado, aunque la idea de disparar no me seducía en absoluto.

Intenté dormir, pero no pude. La imagen de Tina me llenaba por completo.

Me levanté y encendí la luz de aquel miserable cuartucho. Me miré al espejo. Tal vez el maquillaje necesitase un retoque. Era más que posible y eso sólo lo podía hacer Tina. No había duda de que estaba en sus manos. Estaba seguro de que ella lo sabía.

Salí del hotelucho y tomé un taxi.

Le di la dirección de Tina.

Me estaba comportando peor que un colegial y no me gustaba nada.

Todo aquello me podía llevar a la muerte o a algo peor. Claro que yo sólo era un deportista y como tal no estaba acostumbrado a aquellas cosas.

El mundo de la droga me repelía. Siempre había creído que hombres como Powel no debían de existir. Cuando Tina me dijo lo de Walter Sir, no pude creerlo y debo confesar que seguía pensando que se trataba de un error de ella.

¿De dónde había sacado ella tal información?

Últimamente no hacía más que hacerme preguntas como si fuese un detective de novela policíaca y no lo era.

Quedaban pocos partidos para el final del campeonato. Cuatro tan sólo, y nuestro equipo aún tenía posibilidades de quedar campeón. No demasiadas si teníamos en cuenta que debía de ganar todos los partidos y el último era en casa con los líderes, pero lo cierto es que esa posibilidad existía, y yo mientras tanto huyendo de la policía y sin poder participar en los encuentros. Aquella que estaba siendo una de mis mejores temporadas. Todo por aquel maldito rebote. Jamás volvería a ser el mismo jugador. De eso estaba seguro,

—Hemos llegado, señor —me dijo el taxista.

—¿Cómo dice? —le pregunté todavía absorto en mis pensamientos.

—Esta es la dirección que me dio el señor, si es que le entendí bien.

Reaccioné de inmediato.

—Sí, claro, cóbrese —le di un billete. Me devolvió el cambio.

—Gracias, señor —sus palabras de gratitud lo eran por la suculenta propina que debía haberle dado, lo cierto es que no me di ni cuenta.

Allí estaba ella. Seguro que me estaría esperando para prepararme café. No sabía el motivo, pero estaba seguro de ese detalle.

* * *

—Por un momento pensé que no venías —estaba seria.

—Yo también lo pensé, pero sólo fue un instante, luego me di cuenta de que no podía vivir sin ti.

—Eres un embustero —estaba más seca que de costumbre, aunque a pesar de eso, seguía teniendo algo que me trastornaba. Me negaba a reconocerlo, pero era así.

—¿No hay café? —pregunté.

—Puedes hacértelo si quieres, te dije que aquí estarías como en tu casa y yo no acostumbro a volverme atrás.

—Me parece que te ha picado algún bicho muy malo. Déjame ver.

—¿No te parece que no son horas de bromas?

—Son las horas más apropiadas para ellas.

—Has bebido demasiado, tiene que ser eso.

—Te equivocas de medio en medio. Lo que pasa es que estoy celebrando la despedida de este mundo.

Noté que se sobresaltó, aunque quiso disimularlo.

—¿Has hecho alguna tontería?

—No, me limité a seguir tus consejos, ¿o eran instrucciones?

—Es una forma muy descortés de agradecer una ayuda.

Y lo era.

Me fui a dormir.

Le pedí prestado un despertador.

Lo puse a las ocho de la mañana.

Eran pocas horas, pero debía aprovecharlas.

* * *

El despertador sonó inexorable a la hora que debía hacerlo, no por eso dejé de maldecirlo, claro que si no lo hubiese hecho hubiera sido muchísimo peor.

Me levanté y me vestí. Cuando salí, Tina estaba con mis dos pistolas en la mano.

—¿Se puede saber qué significa esto? —me preguntó, desafiante.

—No está bien registrar los bolsillos de las personas, aunque sea en los de un amigo. Suponiendo que yo lo sea.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que está muy claro —dije con dureza. Me había molestado mucho aquella acción de ella.

—Por la mañana te levantas de muy mal humor, por lo que veo.

—Sólo cuando alguien hace algo que está mal.

—Mike, no quisiera recordarte cuál es tu situación y el motivo de tu presencia en esta casa.

—No hace falta que me lo recuerdes, te aseguro que mi memoria es perfecta.

—Muchas veces lo dudo —estábamos los dos en tensión.

—Sé que debo estarte muy agradecido y te lo estoy, pero eso no es óbice para que me desagrade que me registren mientras duermo.

—No me gustan las armas.

—A mí tampoco, Tina —le dije muy serio.

—Pues no lo parece, creía que tú estabas en contra de la violencia y que todo lo que se decía acerca de tu persona eran sólo calumnias.

—Y no me gusta la violencia. Además, esas armas no son mías.

—¿Por qué las llevas?

Me estaba forzando a contarle todo y yo no quería.

—Eso es asunto sólo de mi incumbencia.

—Y de la mía, ya que soy tu encubridora.

Fue una puñalada demasiado baja.

La encajé muy mal.

No tenía que haberlo hecho.

Ella no.

No volví a dirigirle la palabra.

Salí enfurecido.

Capítulo XIV

ESTABA frente a la puerta de la sala de fiestas. Eran las doce en punto. Mi suerte estaba echada.

Pulsé el timbre.

Un hombre alto y con pinta de gorila me abrió la puerta. Era la primera vez que le veía. —Soy Kirby, me están esperando.

—Pase —dijo abriendo un poco más la puerta. Llevaba una pistola en la mano. Aquello no me gustó.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—Ya te lo dirá el jefe.

Me quitó las dos armas. Fui un tonto, debía habérmelo imaginado.

—Eso no te hará ninguna falta aquí.

—Son de dos de los vuestros, las traía para devolvéroslas —dije sonriendo—. Yo no llevo nunca armas. No las necesito.

—Eres muy grande, pero no me asustas —me dijo el gorila.

—¿No te parece que sería mejor que me llevaras ante tu jefe?

Así lo hizo.

Powel era un hombre de unos cuarenta años con el cabello negro y aspecto atlético, a pesar de que me produjo asco tan sólo verlo.

—Bueno, señor Kirby, ¿dónde está el millón de dólares?

—¿Dónde está la mercancía?

Se echó a reír.

—Veo que no es usted tonto —sus facciones eran grandes y duras, me hubiese gustado partírselas. No sé por qué, pero era así.

—Desde luego, no me iba a creer tan ingenuo como para traerle un millón de dólares a su propia casa sin precaución.

—Se arriesga mucho, ¿no cree?

—Si hubiese traído el millón de dólares, seguro —insistí yo.

—¿Quién me asegura que lo tiene?

—¿Quién me asegura que tiene usted la mercancía?

—Me gusta su estilo, de verdad. Siéntese. ¿Le apetece una copa?

—Sí, tengo algo de sed —respondí con una aparente tranquilidad que no era en absoluto la mía.

—Creo que podemos llegar a entendernos usted y yo, señor Kirby. Se lo digo de corazón, aunque si piensa jugarme una mala pasada, le aseguro que no vivirá para contarlo.

—Me interesa seguir viviendo y haciendo negocios con usted, si su mercancía es buena. —De la mejor calidad, pero si no he oído mal, quiere usted algo más que ese millón. —Desde luego, eso sería una primera parte de prueba.

—¿De cuánto serían las otras?

—Pongamos el triple —se estaba tambaleando, y yo también.

—¿Cada cuánto? —ésa era la pregunta crucial.

—Cada mes —lancé al aire para ver si sonaba la flauta por casualidad.

—Eso es muy fuerte, ¿no cree?

—Cada uno conoce sus posibilidades. Si no puede con tanto, buscaré a otro que sí pueda —le dije con firmeza, a la vez que me levantaba.

—Siéntese, por favor. Yo no he dicho que no pueda, lo que pasa es que… ¿Para dónde lo quiere?

—No tocaré su mercado, descuide —aquello pareció tranquilizarle; su rostro era todo un espejo. Me daba la sensación de que lo estaba haciendo bastante bien.

—Me gustaría estar seguro del dinero.

—En cuanto esté seguro de la mercancía, lo tendrá en billetes pequeños.

Aquel detalle pareció convencerle. De todas formas, imaginé que quería asegurarse del todo, para lo cual pediría tiempo. Y seguro que para una operación de esa envergadura necesitaría consultar con alguien más arriba. Walter Sir, según Tina, claro que no tenía por qué fiarme de ella, aunque hasta el momento lo de Powel había sido verdad. En cuanto a las drogas, pues por lo que se dice a mi caso no veía aún la relación. Sentía una cosa extraña que me recorría la espalda.

—Puedo enseñarle una muestra —me dijo, tendiéndome un saquito.

No entendía mucho de aquello, pero presentí que me tendía una trampa.

Tomé el saquito y me levanté indignado.

—Usted se burla de mí. Lo siento, no hay trato.

—Cálmese, era sólo una broma —sacó otro saquito, éste debía de ser el bueno, esperaba que sí.

—Eso es otra cosa —le dije, volviendo a sentarme.

—En este negocio hay que ser muy precavidos, señor Kirby. ¿Quién le dio mi nombre? —Usted lo ha dicho, hay que ser muy precavidos.

—De acuerdo, a partir de ahora vamos a jugar limpio —me dijo mientras me tendía la mano. Se la estreché.

—Eso espero.

—De todas formas, tendrá que darme dos días, tengo que hacer una consulta sobre el asunto. Puede venir pasado mañana por la noche a tomarse una copita aquí. Le diré dónde y cómo.

—Tal vez no sea muy bien recibido aquí —dije con sorna.

—La chica y los dos hombres ya no trabajan para mí. ¿Satisfecho?

—Desde luego.

—Me hizo un gran favor, siempre es bueno saber cuál de nuestros servidores es un inútil y usted lo demostró con ellos. Se lo agradezco.

—Entonces, hasta pasado mañana —dije levantándome.

El gorila me acompañó hasta la puerta.

Al salir a la calle respiré profundamente. Estaba a salvo por el momento.

Tomé un taxi, al que hice dar una vuelta. Comprobé que me seguían; dejé que lo hicieran durante el resto del día, por la noche ya me encargaría de despistarlos, ya que regresaría a casa de Tina. A pesar de los pesares era el lugar más seguro que tenía.

Luego estaba ella.

No quería reconocerlo, pero era así.

* * *

Al llegar la noche despisté a mis perseguidores.

No me resultó difícil hacerlo, los había dejado confiar mucho durante el día.

Imaginaba la cara de Powel.

Me gustaba verle enojado. Me seguía produciendo asco.

Entré en el apartamento. Tina no estaba. Sobre la cocina había una nota que decía:

«Volveré tarde, no te preocupes.

» *Tina*.»

Parecía que todo estaba normal. Busqué en la nevera y me preparé un filete.

Destapé varias latas de cerveza y me puse a ver la televisión. Daban una película de Chicago años treinta.

Resultó ser una cinta interesante. Me recordaba los últimos días de mi existencia.

¿Quién era yo?

Ya no lo sabía.

¿Qué tenía que ver Tina con todo aquello?

Alguna relación habría.

Pensé esperar a Tina despierto, pero el sueño pudo más que yo.

Capítulo XV

ESTABA soñando un montón de cosas extrañas, cuando noté que un cuerpo se metía sigilosamente en mi cama.

Me sobresalté.

—Soy yo, no temas. No quiero matarte.

Era Tina, su voz me tranquilizó y noté su cuerpo desnudo que se aproximaba al mío. Sentía su calor. Un calor que me hizo reaccionar enseguida.

Estaba medio dormido, pero no lo suficiente como para no apreciar la tersura de su piel. Nuestras bocas se unieron en un apasionado beso y nuestros cuerpos se fundieron en uno solo.

Fueron unos momentos sencillamente únicos. Nuestros cuerpos se exploraban por primera vez. Buscando y dando placer con absoluta generosidad.

La poseí con fiereza y suavidad a la vez, a la vez que me sentía poseído por ella. Era una mutua entrega que nos llevó a compartir el clímax final.

Aquello no fue más que el comienzo de lo que prometía ser una interminable noche de amor.

Por desgracia todo tiene su fin y aquellos encuentros amorosos también lo tuvieron.

Nos dormimos abrazados sin decirnos nada. No hacía falta, estaba todo dicho.

* * *

Cuando me levanté estaba de nuevo solo. Una nueva nota que me decía

que llegaría a las dos. Que la esperase para comer. Como es de suponer, la esperé.

Entró con paso ágil y veloz, parecía otra, la noche de amor la había sentado muy bien, eso es algo que un hombre debe saber notar.

—Te he preparado algo para comer —le dije yo, que había estado haciendo mis pinitos en la cocina. Tenía todo el día libre y no debía salir hasta el día siguiente, por lo que me había quitado de mi piel a Tom Kirby, volvía a ser Mike Holis, a pesar de todo lo que estaba bajo las espaldas de ese personaje.

—Me parece bien, y si te digo la verdad, me gusta más Mike Holis que Tom Kirby. —¿Estás segura? —le pregunté con sorna.

Se lo pensó durante algunos segundos.

—No estoy muy segura, pero te aseguro que me lo pensaré.

Comimos sin mencionar nuestra riña más o menos encubierta y tampoco dijimos nada de lo que había sucedido por la noche. Era mejor así. Dejar las cosas como estaban, ya que mi situación seguía siendo complicada.

—¿Tienes que salir? —me preguntó de una forma dulce.

—Hasta mañana por la noche, no —le respondí—; es como si tuviese por fin unas vacaciones, aunque sean cortas. ¿Y tú?

—Mañana por la mañana tengo algunas cosas que hacer, pero no demasiadas. Me gustaría pasar tus vacaciones a tu lado.

Lo dijo ofreciéndome sus labios, y no pude resistir la tentación de tomarlos. Luego tomé el resto.

* * *

Volví a ser Tom Kirby con todas sus consecuencias. Me despedí de Tina con un hasta luego. No hicimos ningún tipo de comentarios, era innecesario, los dos sabíamos de qué iba la historia. Durante aquellos dos días habíamos intentado evitar hablar de la situación actual. Ni tan siquiera habíamos enchufado comentarios, era innecesario, los dos sabíamos de qué iba la historia. Durante aquellos dos días habíamos intentado evitar hablar de la situación actual. Ni tan siquiera habíamos enchufado la televisión. Qué podían importarnos las noticias. Buenas seguro que no serían.

Entré en la sala de fiestas. El mismo aprendiz de camarero de siempre se me acercó.

—¿Mesa, señor?

—Sí, creo… —no me dejó terminar.

—Lo sé, sígame —así lo hice.

—Este lugar es el mismo de siempre —le dije yo al ver que me había llevado al reservado de las otras noches.

—Desde luego, señor. Me han dicho que vea usted el espectáculo con toda tranquilidad, todo está en orden. ¿Le apetece un whisky?

—Sí, pero, ¿y el camarero?

—Me han encargado a mí personalmente de su servicio, si es que el señor no tiene inconveniente.

—Desde luego que no —le dije para no herir sus sentimientos.

—Muchas gracias, señor —dijo, mientras se marchaba a buscar la bebida.

La verdad es que aquello no me gustaba nada. Claro que ya estaba metido en el baile y no tenía más remedio que bailar. Me daba en la nariz que aquélla iba a ser la última noche en el mundo de los vivos, era un presagio funesto, pero real. Al menos así me lo parecía.

El muchacho llegó interrumpiendo mi funesto presagio.

—Su bebida, señor. Me he permitido traerle la botella por si quiere seguir bebiendo.

—¿Intentas emborracharme? —le pregunté con sorna.

—Nada más lejos de mi intención, señor. Es usted nuestro invitado hoy. Cualquier cosa que desee no tiene más que pedírmela.

—Está bien, te aseguro que lo tendré en cuenta. Puedes marcharte. No te necesito, a no ser que quieras sentarte a beber conmigo.

—Eso lo tengo prohibido, señor.

—Pues ya sabes —se marchó sin esperar una nueva insinuación por mi parte, que a buen seguro hubiese sido bastante más violenta.

Pensé en Tina.

Alcé la copa y me la bebí de un solo trago.

No debí hacerlo.

Me habían drogado la bebida.

En unos segundos todo se volvió oscuro para mí.

* * *

Cuando desperté estaba sentado en un sillón. Dos hombres me custodiaban. Enfrente estaban: Powel y Walter Sir en persona, sabía que era él porque lo había visto muchas veces en los periódicos.

—Bien venido al mundo de los vivos, Mike Holis, alias Tom Kirby.

Me toqué la cara con rapidez.

—Un buen trabajo, señor Holis. Me imagino que sus intenciones no eran muy buenas con respecto al negocio. Creo que se ha equivocado usted de medio en medio. La policía estará encantada de encontrar su cadáver.

—¿Por qué? —quise saber antes de morir.

—Eso es algo que usted debiera saber, nosotros no tenemos ningún interés por su persona. Tim Nolan era un buen enlace nuestro, pero tenía un defecto, le gustaba demasiado la mercancía y eso le llevó a la muerte.

—¿Se drogaba? —pregunté atónito.

—Sí, pensé que lo sabía y por eso estaba interesado por nosotros. Lo cierto es que cada vez entiendo menos todo esto —dijo Walter.

—Tal vez esté intentando ganar tiempo —añadió Powel.

—No veo el motivo; de todas formas, es hombre muerto.

Powel sacó un revólver.

—Me gustaría hacerlo personalmente.

—Eso hará mucho ruido —dije yo, que estaba temblando, aunque intentaba disimularlo. —La sala está insonorizada, no tema.

Cerré los ojos y se me apareció la imagen de Tina; al menos morir pensando en algo alegre.

Capítulo XVI

—¡MIKE, al suelo! —oí una voz conocida, tras un golpe que derribó la puerta. Obedecí al instante. Por encima de mi cabeza cruzó una lluvia de balas.

Todo había terminado en unos segundos. Walter y Powel estaban muertos, así como los dos hombres que habían estado a mi lado custodiándome por así decirlo mi asiento.

Tina se acercó a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó, besándome con pasión.

—Sí, creo que sí, aunque la verdad es que no estoy seguro de nada.

—Eso está bien, muchacho —me dijo Adam, que estaba también allí; junto a ellos el jefe superior de policía y varios agentes.

—¿Qué significa esto? —quise saber, pues no entendía nada, salvo que había estado a punto de morir y ahora la policía, que tanto había hecho por intentar ponerme la soga al cuello, estaba a mi lado y me había salvado la vida.

—Todo a su debido tiempo, muchacho; lo importante es que hemos podido cazar a Walter con las manos en la masa, y eso es algo que se lo debemos a usted.

—¿Quiere decir que…?

No me dejaron continuar, entre Tina y Adam me llevaron fuera.

—Espero una explicación —le dije a Adam.

—Todo fue preparado por la policía tras el desgraciado accidente de Tim; tú no tuviste la culpa, pero como te metiste en aquel tugurio y luego en aquel lío, se les ocurrió.

—¿Todo fue una broma para hacerme pasar por…? —no quería

creerlo.

—Sí, July era una agente que se encargó de tenerte fuera de combate el tiempo suficiente, por desgracia hacía tiempo que vigilaba a Powel y éste mandó liquidarla. Lo del apartamento les fue muy bien a ellos, y pensaron que tú eras una buena víctima, con lo que se sacudían a la policía de encima.

—¿Tú también eres policía? —le pregunté a Adam, ya que no podía extrañarme nada.

—La agente especial es Tina, yo sólo colaboré con ellos cuando me explicaron lo sucedido.

—Muy bonito, me difaman, me meten como cebo esperando que me maten y ahora dices que todo ha estado muy bien.

—Si te lo hubieran explicado no hubieras actuado con tanta naturalidad. Además, yo les dije que tú, de saberlo, hubieses estado encantado de colaborar con ellos. Mira lo que le pasó al pobre Tim, y eso desprestigia al deporte de la canasta, al que tú has salvado.

—No sigas, que al final acabarás por convencerme.

—Me hiciste sufrir mucho —dijo Tina.

—¿Puedo saber el motivo, maldita tramposa?

—Pues cuando empezaste a no decirme adónde ibas y cuando uno de nuestros agentes te perdió.

—¿Cuándo fue eso?

Me lo dijo.

Hubiese preferido que no lo hiciera. La verdad es que estaba vivo de milagro.

—¿Así que cumplías con tu deber de agente del gobierno? —le pregunté a Tina.

—Sí, Mike, es mi trabajo, aunque hay cosas a las que el trabajo no me obliga.

—¿Cómo cuáles? —quise saber.

Me besó, con un beso que sin duda quería decir más que mil palabras.

* * *

Estaba de nuevo en la cancha jugando con mi equipo. Mi puesta a punto no era la mejor, pero tampoco mala. Todo lo que habían sido críticas se habían convertido en elogios, era sin duda alguna algo así como un héroe nacional. Maldita la gracia que me hacía a mí aquello.

Charli tiró hacia la canasta y rebotó en el aro. Al ir al rebote, un brazo invisible me impidió saltar por él. Era el espejismo de aquel rebote fatídico que había cambiado mi vida.

Don me tuvo que sustituir ante mi ineficacia en los rebotes tanto ofensivos como defensivos.

—¿Qué te ocurre, muchacho?

—No lo sé, Don, hay algo que me atenaza a la hora de luchar bajo tableros.

—Aquello ya pasó, Mike, tienes que superarlo. Te necesitamos, éste puede ser el año de los Tigres, el campeonato puede ser nuestro.

—Ya lo sé, Don, para mí significa tanto como para ti…

Y se lo estaba diciendo de verdad.

Una imagen surgió en mi mente.

—Déjame entrar, Don —le dije convencido.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

—Del todo, dame la oportunidad y no te arrepentirás.

Así lo hizo.

Y no se arrepintió. Jugué uno de los mejores partidos de toda mi vida.

No perdí ni un solo rebote. El síndrome estaba superado. Ganamos el encuentro por quince puntos de ventaja. Si vencíamos el último partido en casa de los hasta ahora líderes, que sólo nos llevaban un punto, el campeonato era nuestro.

Teníamos que ganarlo.

Estaba seguro de que lo conseguiríamos.

Llegó el momento de la gran final. El campo era una verdadera olla a presión. Las apuestas estaban por las nubes y los nervios a flor de piel.

En la cancha se jugaba muy duro, aunque con gran nobleza y deportividad.

Charli tuvo un día sensacional y según decían los críticos, yo tampoco estuve nada mal.

Al final conseguimos imponernos por un solo punto en los últimos segundos. Más igualdad y emoción era imposible conseguir, pero nuestro objetivo había sido logrado. Los rebotes bajo canasta habían dejado de ser fatídicos para volver a ser lo que siempre habían sido. Lucha fuerte y viril, pero noble y deportiva.

Aquél fue un día memorable para todo el equipo. Don estaba que no cabía de gozo.

—Lo conseguimos, Mike, ¿te das cuenta?

Claro que me daba cuenta.

Aquel campeonato no lo olvidaría jamás, y no sólo porque habíamos ganado el campeonato.

* * *

Llegué a casa en olor de multitud y allí me estaba esperando ella. Mi agente de seguridad, que velaba por mi orden personal.

Perdón, me había olvidado decir que me casé con Tina, era algo que se veía venir. —¿Qué es lo que se veía venir, cariño?

—Nada, cosas mías.

Me esperaba con un maravilloso salto de cama, y es que estábamos en plena luna de miel.

Fue una maravillosa luna de miel.

—¿Vienes o qué?

—Ahora mismo.

Y claro que fui.

Era lógico, ¿no?

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.